



Despertar el mundo e iluminar el futuro

Índice

Presentación	3
Retiro	5
Formación	10
Comunicación	28
Vida salesiana	41
Claroscuros	37
Pastoral Juvenil	42
La Solana	52
El Anaquel	58
El Anaquel: Jubileo de la Misericordia	76

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ forum@salesianos.es

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura y Xulio César Iglesias.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

🎯 Presentación

Despertar el mundo e iluminar el futuro

Redacción

La reflexión de Pascual Chávez en su blog en vidareligiosa.es¹, al concluir el año de la Vida Consagrada, resuena como mensaje estimulante en este tiempo de la Pascua. El mensaje del Reino de Dios, principal en la vida y el mensaje de Jesús en los evangelios, se vuelve contenido y compromiso de vida y misión para la comunidad del Resucitado –cuya experiencia rescatamos en este tiempo litúrgico con la lectura del libro de los *Hechos de los Apóstoles*–.

Para el Rector Mayor emérito, “Jesús invita a sus oyentes a abrirse plenamente al Amor de Dios, que irrumpe en él de una manera nueva, definitiva y, sin duda, desconcertante. Es triste tener que reconocer que su mensaje, su acción, su persona misma, no fue para todos los israelitas “buena noticia”. Cuando aceptar este Reino implica un cambio total de mentalidad y de vida, es cuando comienzan las dificultades. Quisiéramos que todo nos llegara “llovido del cielo”, resultándonos difícil aceptar que Dios quiere nuestra libre respuesta y nuestra decidida colaboración en la construcción de su Reino”. Pues tal es la profundidad del mensaje del Reino de Vida plenamente vivida.

El discípulo del Resucitado está llamado a “portar las marcas de Cristo”, a encarnar el mensaje del Reino. “Encarnar los valores del Reino significa vivir bajo el impulso del Espíritu como Jesús y comprometernos a hacer su voluntad aquí en la tierra como en el cielo para que así su reino de justicia, verdad, paz y amor se implante en nuestra tierra. A esto estamos llamados los religiosos: ‘ser valores del Reino, encarnados’”, escribe Pascual Chávez.

Pero aún podemos incorporar una clave más que nos aporta el mensaje de la Pascua: la alegría. “Cuando nos sentimos amados por Dios y

¹ Cf. <http://vidareligiosa.es/blogs/despertarelmundo/>

sentimos que Dios hace todo para nuestro bien, entonces justicia, paz y alegría son los signos del Espíritu, anticipo del Reino presente ya y activo en nuestra vida y en nuestro mundo”. Podríamos añadir que estamos llamados a vivir y transmitir una alegría vivida en clave de misericordia.

Con María y como María, regenerados en su Misericordia

Lina Pocher, FMA

MISERICORDIA ES PERDONAR A QUIEN NOS HA OFENDIDO

Jesús nos pide que perdonemos

Perdonar siempre y perdonar a todos es uno de los deberes del cristiano. Jesús lo ha proclamado explícitamente en sus discursos, en sus parábolas y sobre todo con el ejemplo de su vida. Se lo ha dicho, con toda claridad a Pedro, que tratando de rebajar un poco la apuesta que estaba en juego, le había preguntado un día: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano si me ofende? ¿Hasta siete veces?” (Mt 18,21). Y Jesús, para asegurarse de que no olvidáramos nunca el deber de perdonar, ha incluido el compromiso del perdón recíproco en la oración del Padrenuestro, donde aparece como una condición para obtener el perdón del Padre: “perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Así pues, si no queremos orar “como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso” (Mt 6,7), *debemos tomar en serio este tema del perdón y preguntarnos a nosotros mismos si estamos verdaderamente dispuestos a perdonar al que nos ha hecho mal o nos ha ofendido*. Don Bosco narra que Mamá Margarita, cuando sus hijos se habían enfadado durante el día, nos les permitía, por la tarde, rezar juntos el Padrenuestro, si antes no se habían reconciliado.

A pesar de la insistencia de Jesús y el ejemplo luminoso de tantos Santos del pasado y del presente desde San Esteban al cardenal Van Thuan, el perdón del “enemigo”, sea un pariente, un vecino, un extranjero o un desconocido, parece que continúa siendo uno de los puntos más indigestos de aceptar de las enseñanzas de Jesús. Escribe el Papa Francisco: es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algunos momentos parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunda y estéril, como si se viviese en un desierto desolado. (MV10). Todos hemos experimentado alguna vez en la vida lo trabajoso que es convivir con el rencor por una ofensa recibida, y sin embargo perdonar de corazón se nos presenta a

primera vista como una “puerta estrecha” por la que no se quiere o no se tiene valor para pasar... ¿por qué?

Ante todo hay que decir que, ciertamente, *perdonar el difícil, pero con la ayuda de la gracia no solo es posible, sino que es también fuente de gozo y paz profunda*. Dios mismo lo garantiza por boca del profeta Isaías: “Cuando alejes de ti la opresión, el dedo acusador y la calumnia, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía. El Señor te guiará siempre, hartará tu alma en tierra abrasada, dará vigor a tus huesos. Serás un huerto bien regado, un manantial de agua que no engañan” (Is 58, 10-11). Hacer que parezcan muy difíciles los mandamientos de Dios y que cueste mucho ponerlos en práctica, forma parte de la táctica del enemigo de nuestra salvación, cuyo fin es precisamente separarnos del Padre y de los hermanos, induciéndonos a continuar en la enemistad, el rencor y la discordia. Precisamente por esto todo cristiano está invitado, en este Año Santo de la Misericordia, a encargarse, con renovada energía “del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde valor para mirar el futuro con esperanza” (MV10).

Además, el perdón que recibimos de Dios, aun siendo necesario, no es suficiente para sanar el mundo. Nuestras libertades, nuestras vidas, están tan entrelazadas unas con otras, que para *curar al mundo de una vez por todas, ¡es necesario también el perdón recíproco!* Esto nos pone de manifiesto el gran respeto de Dios por sus criaturas. En particular, a sus ojos, nuestra libertad aparece como el don más precioso: precisamente por esto la Salvación no es algo que llueve sobre nosotros desde lo alto, sino un proceso que nos compromete desde lo más profundo, en el que nuestra colaboración es necesaria y constantemente exigida. El primer paso, entonces, es caminar por la senda del perdón y preguntarnos: **¿soy consciente de que el perdón es un deber del cristiano? ¿Siento el deseo, a pesar de la dificultad, de perdonar de corazón? Si no lo siento, ¿lo pido humildemente, todos los días, en la oración?**

¡Todos hemos sido perdonados!

El segundo paso, para caminar por la senda del perdón, es el de considerar atentamente el perdón que hemos recibido. Jesús nos pide “ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad. Este es el significado del lema del Año Santo: Misericordiosos como el Padre. En la misericordia tenemos la prueba de cómo Dios ama. Él se da todo a sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio... Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos” (MV14).

Fijemos nuestra atención en el significado de la palabra “perdón”: está compuesta de “don” y de “per”, que significa “completo” “perfecto”. El perdón de los pecados que

recibimos de Dios es, pues, el “don perfecto”, porque es el don en el que Dios se nos ofrece totalmente, sin reservas. El perdón de los pecados, en efecto, es una sola cosa con el don del Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones gracias a la muerte y a la resurrección de Jesús.

Ahora bien, lo más importante, lo que de verdad debemos imprimir en el fondo de nuestro corazón, es que ningún ser humano puede “merecer” este don: “En efecto, cuando nosotros estábamos aun sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atreva alguno a morir, pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom 5, 6-8). Si somos amigos de Dios, si somos sus hijos, si somos discípulos y hermanos de Jesús, habitados por el Espíritu Santo, si podemos alimentarnos con el Pan de la Palabra de la vida, no es porque seamos buenos... sino porque Dios es verdaderamente “bueno y grande en el amor” (Sal 102,8). Con razón los grandes Santos no tienen miedo de reconocerse grandes pecadores: son conscientes de que su virtud es fruto del Espíritu que ha obrado en ellos y que el precio de su santidad es la sangre derramada de Jesús. En efecto, todo mi pecado, pasado o futuro, pequeño o grande, consciente o inconsciente, me hace cómplice de los asesinos de Jesús, cómplice de sus discípulos que lo han traicionado, negado, abandonado. Por esto puedo atribuirme como dichas para mí las palabras por Jesús al Padre desde la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Al perdón del Hijo, hace eco el de la Madre que, precisamente al pie de la Cruz, nos recibe como hijos (Jn 19, 25-27). Nos recibe y acoge como a hijos, mientras en realidad ¡somos cómplices de los asesinos de Jesús! Si consideramos la situación de María después de Pascua, nos damos cuenta de que esto no es precisamente “un modo de hablar”. Bajando del Calvario, en efecto, María vuelve con Juan al cenáculo donde permanece, con Pedro y con los otros que habían negado y abandonado a Jesús, en oración, como Madre de todos, en espera del Espíritu (Hch 1,14). Detengámonos a considerar este desgarramiento en el corazón de María, para descubrir la profundidad en la que se le hace participar en el dolor de Jesús y de sus sentimientos de misericordia y compasión para con los pecadores. María, la única que podía considerarse de verdad inocente, no hecha en cara a ninguno los pecados, la debilidad, la traición. ¡No acusa a nadie de haber herido de muerte a su Señor! Al contrario, igual que ha hecho con los Apóstoles continúa haciendo también con nosotros: mientras estamos aún envueltos en pecado, nos arroja con su manto y se hace cargo de nosotros, para que desde su corazón materno podamos aprender a nuestra vez a perdonar. María lo hace porque sabe que todo es gracia y nada es debido. El perdón que viene de Dios, pasa así por Ella, sin encontrar obstáculo.

Volvamos a recordar, en la oración, las experiencias de perdón recibidas en nuestra vida y mostremos a Dios nuestra gratitud.

Remover los obstáculos al perdón

Si he sido amado así por Dios, si Jesús y María me han perdonado así, *¿qué derecho tengo a acusar a mis hermanos, a juzgarlos culpables y a negarles el perdón? De entrada no puedo aducir ninguna excusa: debo reconocer que, si encuentro dificultad en perdonar, lo que lo impide es la “dureza de mi corazón”... pero Dios, y esta es la buena noticia, puede y desea cambiar mi corazón de piedra en corazón de carne,* a condición que yo dé al Espíritu Santo permiso para obrar con plena libertad. Jesús mismo, en su enseñanza, nos indica los obstáculos que hay que renovar para que el Espíritu pueda obrar en nuestros corazones, como el alfarero que trabaja la arcilla. En cada uno de nosotros, junto al hombre nuevo renacido en el Bautismo, convive el hombre viejo: el viejo Adán o la vieja Eva... un fariseo barbudo que no quiere convertirse, que opone resistencia a la gracia. El camino hacia la santidad, consiste precisamente en tomar conciencia de esta presencia y hacer que, poco a poco, el hombre viejo vaya muriendo y deje espacio al hombre nuevo.

El primer obstáculo para perdonar es la presunción de creerse justo y erigirse en juez del prójimo. A estos Jesús “dice ante todo, no juzgar y no condenar. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo” (MV 14).

El segundo obstáculo consiste en la convicción de que el perdón tiene que ser “merecido”, o incluso “ganado” por el prójimo. A estos Jesús les responde, con la Cruz, ¡que la lógica del mérito no es la lógica de Dios! Si descubrimos en nosotros este obstáculo, pidamos a Dios la gracia de iluminar la raíz de esta convicción. Podremos descubrir alguna antigua herida del corazón, que espera ser curada por el Amor gratuito e inmenso de Dios.

Un tercer obstáculo, sobre todo en el caso de que el mal padecido sea particularmente grave y la herida provocada muy profunda, puede provenir del miedo a que el perdón nos haga aun más frágiles y vulnerables. En este caso, no se trata de negar el sufrimiento y el dolor, sino de colocar nuestro pobre corazón en las manos de Jesús y de María y pedir todos los días y con insistencia la gracia de poder participar en su capacidad de perdón. El perdón, en efecto, y en fin de cuentas, es siempre un “don que viene de Dios”, y nunca simplemente un esfuerzo de la voluntad, tanto si lo recibimos como si somos capaces de otorgarlo a quien nos ha herido.

En este nuestro mundo, tan marcado por la violencia y el odio debemos creer que el perdón recíproco es el arma más poderosa de que disponemos para que la paz de Dios pueda difundirse y alcanzar a todos los confines de la tierra. Un pequeño gesto de perdón, realizado en el secreto de los muros domésticos, puede tener el efecto de una piedrecita arrojada en un estanque: cuando entra en el agua no hace mucho

ruido, pero después sus círculos se agrandan hasta el infinito ¡y nadie los puede detener!

En la oración diaria, pidamos unos para otros la gracia de individuar y remover todo aquello que nos impide estar dispuestos y ser generosos para el perdón recíproco.

El camino se expresa en la experiencia comunitaria de fe²

Rossano Sala

“A los cristianos de todas las comunidades del mundo deseo pedirles especialmente un ejemplo de comunión fraterna que sea atractivo y luminoso. Que todos puedan admirar cómo os preocupáis los unos de los otros, como os animáis mutuamente y como os acompañáis”³

1. Con Jesús

Jesús es insustituible, no es un ausente que nosotros tenemos que reemplazar: nos asegura que es el que está con nosotros hasta el fin de los tiempos. Y viene para quedarse siempre con nosotros, trayéndonos el amor que es Dios.

Al principio, en el Dios trino, hay plenitud de comunión, relación de amor, armonía original y beatificante. Entonces, la razón y el cumplimiento de la creación pueden ser sólo una verdadera "ampliación" de esta comunión, de esta relación. No existe, ni puede existir una creación y una humanidad que exista como una alternativa a este proyecto, ni lógicamente una realización de sí mismo que no vaya en esta precisa dirección! En este sentido, Jesús es el esposo, no una presencia opcional; es eternamente insustituible, no accesorio; es el cumplimiento deseado, no un extraño que evitar.

Nuestra identidad misma es intrínsecamente relacional, y no puede existir ninguna plenitud más allá de la comunión. Jesús es el *hijo, el hermano y el esposo* de la humanidad: tres términos, que definen a Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, definen tanto a Dios como a los hombres en su más íntima identidad.

1.1. ¿Misión auto-referencial? No, amigo y confidente del Padre!

El secreto profundo de la vida de Jesús está en su relación con el Padre, que él llama de buena gana *Abba*. El punto de observación, la clave decisiva, el centro estratégico

² Ponencia de las Jornadas de la Familia Salesiana 2016.

³ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* 99.

prospectivo de los Evangelios es la relación entre Jesús y el Padre. Explica J. Ratzinger, al presentar el primer volumen de su *Jesús de Nazaret*, que

“Sin el radicarse en Dios la persona de Jesús es fugaz, irreal e inexplicable” (R. Schnackenburg).

Este es también el punto de apoyo sobre el que se basa mi libro: considerar a Jesús a partir de su comunión con el Padre. Este es el verdadero centro de su personalidad. Sin esta comunión no se puede entender nada y a partir de ella, se hace presente hoy a nosotros⁴.

El prólogo de Juan, que presenta a Jesús como el *Logos* del Padre hecho carne, es la guía que puede ayudarnos a comprender cómo Jesús se presenta como "unigénito" antes que como "primogénito". Su singularidad histórica se hunde sustancialmente en esta relación profunda y única: "La enseñanza de Jesús no proviene de un aprendizaje humano, sea cual sea. Nace del contacto inmediato con el Padre, del diálogo "cara a cara", de la visión de Aquel que "está en el seno del Padre"»⁵.

La relación incomparable de Jesús con su *Abba* ilumina y explica la novedad inaudita de su enseñanza y la participación de los discípulos, que justamente serán llamados a entrar también ellos, por gracia, en esta filialidad. No sería posible eliminar esta relación o poniéndola de lado, captar la originalidad de Jesús, que se puede percibir en cada página del Evangelio.

1.2. ¿Noble de origen estirpe? No, hijo del carpintero y carpintero él mismo!

Si leemos con atención la larga y articulada genealogía de Jesús, que el evangelista Mateo coloca al comienzo de su Evangelio, nos damos cuenta cómo la vida de Dios quiere ser tejida y mezclada con la vida de los hombres. No es sólo de Dios que se trata, sino de un descendiente de la estirpe de David, con todo lo que comporta! La carta a los Hebreos, de manera sintética, habla de Jesús como aquel que es igual a nosotros, excepto en el pecado⁶.

Él compartió con nosotros el nacimiento en una familia humana, la residencia durante muchos años en un pequeño pueblo de la periferia; creció en edad, sabiduría y gracia obedeciendo a sus padres; se ha ganado la vida como todos los hijos de los hombres. La vida oculta de Jesús en Nazaret no es un apéndice de su misión, sino su necesaria y previa preparación, en la cual él se incorporó al ritmo de nuestra humanidad con sencillez y coraje.

⁴ J. RATZINGER, *Gesù di Nazareth*, Rizzoli, Milano 2007, 10.

⁵ *Ibi*, 27. «Jesús es enteramente "relación", en todo su ser no es otra cosa que relación con el Padre. A partir de esta relacionalidad se comprende el uso de la fórmula de la zarza ardiente y de Isaías; el "Yo soy" se coloca totalmente en la relacionalidad entre Padre e Hijo» (*ibi*, 399).

⁶ Cfr. *Heb* 4,15.

Es interesante, que el *primer* título real que Jesús recibe al comienzo de su misión, es el reconocimiento de su origen humilde, que parecen contrastar su intensidad y su palabra

Vino a su patria, enseñaba en su sinagoga, y la gente quedaba asombrada y decía: “¿De dónde le vienen esta sabiduría y prodigios? *¿No es éste el hijo del carpintero?* Y su madre, no se llama María? Y sus hermanos, Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, no están todas entre nosotros? ¿De dónde le vienen entonces todas estas cosas?”. Y era para ellos motivo de escándalo. Pero Jesús les dijo: “Un profeta es sólo despreciado en su patria y en su casa”. Y allí, a causa de su incredulidad, no hizo muchos milagros⁷.

El vive y trabaja en una familia de artesanos. Incluso hoy en día, la artesanía es apreciada en todo el mundo, ya que, a diferencia del trabajo en serie, realiza siempre obras de arte, únicas e irrepetibles en su género; el artesano trabaja con sus manos, con su creatividad, con su capacidad única. Este es el valor de la artesanía. El artesano de la madera sabe que cada pieza de madera está viva, tiene su propia consistencia, tiene en cierto sentido un alma; tiene en su interior una vocación especial de convertirse en algo para el que fue creado y que contiene dentro de sí, y que la capacidad introspectiva del artesano debe intuir, comprender y desarrollar.

1.3. ¿Lejos de los hombres? No, artesano de las almas!

Durante mucho tiempo Jesús se ha ocupado de este trabajo artesanal, antes de comenzar a tener algo que ver con los hombres en su brevísima misión apostólica: un tirocinio largo y fiel que luego ha dado sus frutos en su corta obra de evangelización explícita.

La vida de fe, como la relación educativa, es siempre una originalidad *artística* que de ninguna manera es repetitiva. Es una obra de artesanía finísima y Jesús muestra con cada una de las personas que encuentra una sensibilidad única en el reconocer la originalidad de cada uno y en el proponer a cada uno el camino que él puede hacer en ese momento.

Jamás se ve en los Evangelios a Jesús que trata en forma homóloga a aquellos que encuentra; tiene en cambio siempre un contacto singular. Pedro no es tratado del mismo modo que Juan, Bartolomé no es llamado de la misma manera que la Samaritana, Zaqueo no es mirado y llamado de la misma forma que Leví, así como Tomás no puede ser tomado como Nicodemo.

La mujer sirio-fenicia que pide la gracia para su hija no es homologable a Simón el fariseo que acoge a Jesús con frialdad en su casa, el joven rico, a quien se le pide el

⁷ Mt 13,54-58. La versión sinóptica de Marcos, probablemente más original, afirma en cambio que Jesús es no solo el hijo del carpintero, sino carpintero él también: «*No es ese el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? Y sus hermanas, no están aquí con nosotros?*». Y era para ellos motivo de escándalo» (Mc 6,3).

dar todo y seguir a Jesús es diverso del ciego Bartimeo que desearía seguirlo y viene mandado a casa para anunciar la buena noticia a los suyos! Cada alma, cada herida, cada dolor tiene en Jesús una relación específica, artesanal, original.

Para cada uno de ellos y para cada uno de nosotros Jesús tiene una palabra única, irrepetible, singularísima como nuestra alma, como nuestra situación interior, como nuestra dicción exterior. Su sentir es delicado y su inteligencia es divina. Su mirada es más que humana, porque participa de la mirada de Dios: «el hombre ve la apariencia, pero el Señor ve el corazón»⁸.

Cor ad cor loquitur, decía el Beato Card. J.H. Newman. Jesús es aquel que ve el corazón, aquel que conoce la intimidad de cada uno, aquel que sabe de que tenemos necesidad antes que se lo pidamos. Como un artista que distingue la relación única entre un trozo de mármol y una obra de arte, así Jesús percibe en cada persona que ha encontrado, su absoluta y propia dignidad para reconocer, sanar y promover hasta la propia perfección, que jamás es repetición de otra.

1.4. Primera conclusión: la interioridad apostólica de don Bosco, artesano de la educación!

Me gusta ahora pensar en don Bosco, partiendo de estos tres puntos prospectivos de la vida de Jesús.

Primero de todo su interioridad. Hemos hablado abundantemente en el Aguinaldo del 2014, el cual se refería a la espiritualidad, a la historia (2012) y a la pedagogía (2013). Me gusta entrar, a través de la visión de una mística de nuestros tiempos, dentro de su oración y de su relación con Dios, todavía muy poco conocida y valorizada, y que es en cambio su magnífico secreto y el alma de su apostolado⁹:

Veo su oración esencialmente juanesca, llena de amor, de admiración, de afecto por Dios.

Su conocimiento sobre la oración no son grandes, no sabe imaginar plenamente el Dios trinitario. Él vive de algunas imágenes del Evangelio y en Cristo contempla al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; los ama, abandona todo en ellos, soporta todo por amor, sobre todo por asombro. Su amor por Dios es apasionado; no le es fácil introducir a la gente en el mundo de su oración. Le falta la distancia: de frente a Dios, a la fe de los demás y a su propia fe.

Él vive en una especie de inmediatez, personalmente muy agradable, de una pureza juanesca; Él no desea otra cosa que poder amar y contemplar a Dios y experimenta una alegría infantil de poder, él y los demás, amar así.

⁸ 1Sam 16,7.

⁹ A este propósito queda siempre insuperable el texto clásico di E. CERIA, *Don Bosco con Dios*, SDB, Roma 1988.

En todas las obras que realiza, él vive de la Palabra del Señor: "lo que hagas al más pequeño de mis hermanos lo hicisteis a Mí", y del impulso inmediato de llevar a todas las almas al Señor y buscarlas en Su Nombre.

Si sus hermanos oran demasiado poco, si tienen más alegría en la acción, en las empresas, en las obras, en la exterioridad, que en Dios y en la maravilla por Él, entonces se entristece y no sabe qué hacer. Él no sabe cómo comunicarles su pasión por Dios. Ciertamente les ha dejado mucho, pero después de su muerte ellos debían encontrar en él aquello que había sido incapaz de comunicarles¹⁰.

Luego, *su vida antes de su misión apostólica entre los jóvenes*: simple, trabajadora, honesta, comprometida. Ha pasado personalmente por todas las profesiones que luego enseñó a sus muchachos: granjero, camarero, sastre, albañil, carpintero y así sucesivamente! Una vida oculta, artesana, humilde, que le ha iniciado en el compartir la vida de sus jóvenes desde el interior, desde la experiencia de una pobreza compartida con ellos. Por eso después fue capaz de conmoverse por cada uno de ellos! También él fue realmente un artesano en todos los sentidos, como Jesús!

Finalmente, su capacidad de *introspección*: Creo que se puede definir a Don Bosco como un "descubridor de talentos", un "artesano de la educación", uno que fue capaz de reconocer en cada uno de sus muchachos lo que le era propio, lo que Dios le había donado como un carisma único. Él aprendió bien la lección de Jesús. Y aquella de San Francisco de Sales, quien afirmaba que "cada alma es una Diócesis"! Lo atestigua bien el beato Felipe Rinaldi, su tercer sucesor, en una conferencia familiar a las Hijas de María Auxiliadora:

Más de un centenar de vosotras que estáis aquí, ninguna tiene el carácter que tiene la otra; y sin embargo debéis vivir juntas y santificaros. Incluso entre los santos cuánta diferencia! Entre don Rúa, don Sala, don Durando, don Cerruti, don Bonetti cuánta energía diferente! don Sala todo puentes y edificios, don Cerruti todo libros y números, don Bonetti toda vida y pasión, y don Durando! Sin embargo, Don Bosco los hizo grandes hombres, que, si se quedaban en el mundo, se hubieran perdido entre el número de hombres ordinarios. ¿Cómo es que se hicieron tantas celebridades en nuestra congregación y fuera? Porque *Don Bosco fue capaz de tomarlos como eran y sacar el mayor bien que podían dar*¹¹.

2. Recorramos juntos

En el centro de nuestro Aguinaldo para el 2016 hay una exigencia sinodal: caminar juntos, no ir adelante por cuenta propia, no querer pensar en hacerlo solos. Se debe

¹⁰ A. VON SPEYR, *Das Allerheiligenbuch, Erster Teil*, Johannes Verlag, Einsiedeln 1966, 210-211 (traducción nuestra).

¹¹ E. CERIA, *Vida del Siervo de Dios don Felipe Rinaldi*, SEI, Torino 1951, 303-304.

estar con la comunidad, con el propio Instituto, con la Iglesia Universal y Particular. Se camina como Familia Salesiana.

Podemos y debemos llamarla *profecía y mística de la fraternidad*.

Profecía porque en el mundo no se vive la fraternidad. Es conocida y apreciada la frecuencia con la cual el Papa Francisco exhorta a las comunidades cristianas a ser el primer lugar donde se vive la experiencia de fraternidad, de perdón y de estima mutua. Él nos pide *no dejarnos robar la comunidad ni el ideal del amor fraterno*¹² y es oportuno escuchar en este momento por lo menos un pasaje explícito sobre el argumento:

A los cristianos de todas las comunidades del mundo deseo pedir especialmente un testimonio de comunión fraterna que sea atractivo y luminoso. Que todos puedan admirar como os preocupáis unos por los otros, como os alentáis mutuamente y como os acompañáis [...] Me duele tanto saber que en algunas comunidades cristianas, e incluso entre personas consagradas, se da espacio a diferentes formas de odio, de división, de calumnia, de difamación, de venganza, de celos, de deseo de imponer las propias ideas a cualquier costo, incluso hasta la persecución que parecen una caza implacable de brujas. A quién queremos evangelizar con estos comportamientos?¹³.

Mística de la fraternidad, porque esta exigencia nace del corazón del Dios uno y trino, cuyo amor por nosotros no es unilateral (es decir, un amor de *ágape*, un don que viene de lo alto, completamente gratuito, totalmente inmerecido, inimaginable e impactante), sino que es también un amor que desea reciprocidad (un amor de *philia*, que exige la correspondencia amorosa, que quiere hacernos entrar en el ritmo de la dedicación, cuyo objetivo es crear un verdadero vínculo con cada uno de nosotros, que desea convertirnos en verdaderos *partner* de la alianza capaces no sólo de recibir, sino también de donar). Es también amor efectivo y pasional, que nos busca, que desea entrar con participación en nuestras vidas, incluso celoso en el sentido de aquel que realmente ha perdido la cabeza por cada uno de nosotros: es un amor de *eros*.

Desearía entonces en esta segunda parte de mi conversación hablar un poco de nosotros que hemos sido llamados a caminar juntos: jóvenes y adultos en camino, en la Iglesia y con la Iglesia hoy.

2.1. ¿Nihilismo de los jóvenes? Una tesis simple, cómoda y falsa!

Comenzamos por los jóvenes. Por aquellos de los cuales tantos hablan mal, incluso dentro de la Iglesia. Por aquellos que muchos consideran "nihilistas" y también como una "generación incrédula". Muchas veces el mundo de los adultos retrata al joven como narcisista, como una generación que sólo piensa en sí misma. Creo que no es

¹² Cfr. en particular *Evangelii gaudium*, n. 87-92 e 98-101.

¹³ *Ibi*, n. 99.100.

exactamente así y creo que el argumento con demasiada frecuencia montada también por el mundo eclesial, la del "nihilismo de la juventud", es injusto y humillante para nosotros y especialmente para los jóvenes. Especialmente esta tesis está creada por los que no están con los jóvenes, por los que no comparten nada con ellos y que en el fondo no quieren sentirse responsables de las nuevas generaciones. Creo que Don Bosco no la hubiera compartido jamás!

En verdad tenemos que trabajar, en primer lugar, con un mundo juvenil que creció después de las diferentes crisis de nuestro tiempo, sin padres. Por "padre" aquí me refiero, obviamente, no sólo a la figura de un padre, sino a ese conjunto de límites, de autoridad, de paredes educativas y normas compartidas que una generación por lo general ofrece a la generación sucesiva, ayudándola en el difícil camino para convertirse en adulto.

Una imagen sugestiva para nosotros es aquella de *Telemaco* que marca el advenimiento, en una sociedad sin padres, de una *dialéctica de la nostalgia, de la espera y de la invocación*. Estamos cada vez más en presencia de jóvenes que desean y se comprometen con el regreso de la buena autoridad, de la autoridad paterna justa y lógicamente atractiva, marcada por el deseo de encontrar relaciones buenas que refunden la propia condición de filial. Como sugestivamente nos indica el psicoanalista Massimo Recalcati, Telémaco

Mira el mar, escruta el horizonte. Espera que la nave de su padre -que no ha conocido jamás- vuelva a poner la ley en su isla dominada por pretendientes que le han ocupado la casa y que disfrutan impunemente y sin restricciones de su propiedad. Telemaco se emancipa de la violencia patricida de Edipo; él busca al padre no como un rival con el cual luchar hasta la muerte, sino como un deseo, una esperanza, una oportunidad para que la Ley de la palabra vuelva sobre la propia tierra. Si Edipo encarna la tragedia de la transgresión de la Ley, Telemaco encarna aquella de la invocación de la Ley; él reza para que su padre regrese del mar poniendo en este retorno la esperanza de que haya todavía una justicia justa para Itaca¹⁴.

Creo que esta es la condición de muchos jóvenes, que en el fondo desean encontrar adultos significativos con quienes entrar en una alianza positiva. Esperan con nostalgia y saben reconocerlos tan pronto como alguien se les acerca con el estilo y la recta intención. *Es cosa buena y justa pensar de los jóvenes de esta manera.*

A la pregunta de Jesús a sus discípulos: - "¿Qué buscáis?"¹⁵ – los jóvenes de hoy responden con decisión: "buscamos en vosotros *adultos significativos*", "*buscamos en vosotros maestros de espiritualidad*", "*buscamos en vosotros santidad visible y vivible*"!

¹⁴ M. RECALCATI, *Il complesso di Telemaco. Genitori e figli dopo il tramonto del padre*, Feltrinelli, Milano 2013, 12.

¹⁵ Jn 1,38.

2.2. ¿Narcisismo de los adultos? Un hecho lastimosamente comprobado!

El verdadero problema, sin embargo, no me parece que sean los jóvenes, sino los adultos y la sociedad educadora en su conjunto. De hecho, en la reflexión cultural, educativa y pastoral se está abriendo camino un análisis de concentración en torno a lo que podríamos llamar "el tema de los adultos": muchos textos de gran interés tienen como tema justamente la falta de figuras adultas que podrían ser significativas para los niños, adolescentes y jóvenes hoy¹⁶. Ellos convergen unánimes sobre la denuncia de una persistente narcisización de la edad adulta. El neologismo "adultoscente" - una palabra que indica la presencia de adultos según la edad anagráfica, pero adolescentes según la madurez humana- es un síntoma de nuestro tiempo.

Muy conocido por todos es el diálogo dramático, que ha dado la vuelta al mundo, entre el comandante Francisco Schettino y el jefe del puerto de Livorno Gregorio de Falco en la trágica noche del hundimiento de la nave Costa Concordia, cerca de la isla de Giglio. Allí se ve cómo la cuestión se juega exactamente en el mundo de los adultos: más que un diálogo entre un adulto y otro adulto, parece un diálogo paradigmático entre un adulto y un "adultoscente", al que se le pide que asuma la propia responsabilidad.

Estamos presenciando *una grande y trágica reversión*, que marca una transformación de la edad de la vida. Mientras en un tiempo la figura del adulto tenía un poder de atracción para todos los adolescentes y jóvenes, que deseaban convertirse (por fin) en adultos, hoy vemos a adultos que intentan por todos los medios (re)convertirse en jóvenes, y ancianos que intentan de todas las maneras de vivir la segunda, tercera y cuarta juventud. La biología, por desgracia, es en cambio desviada: unos meses más unos meses menos, alrededor a los veinticinco años comienza a nivel celular el proceso de envejecimiento!

En resumen, podemos decir que el fondo cultural de nuestro tiempo nos presenta un mundo de adultos que ama a la juventud, pero que envidia y empieza a competir con los jóvenes; adultos que desean ser eternamente joven, y por lo tanto entrar en competencia con los jóvenes; adultos demasiado ocupados por sobrevivir a toda

¹⁶ Señalo algunos textos particularmente significativos y útiles sobre la cuestión: F. BONAZZI F. - D. PUSCEDDU, *Giovani per sempre. La figura dell'adulto nella postmodernità*, Franco Angeli, Milano 2008; G. CAPPELLO (ed.), *L'adulto svelato. Gli adolescenti guardano gli adulti*, Franco Angeli, Milano 2004; F.M. CATALUCCIO, *Immatùrità. La malattia del nostro tempo*, Einaudi, Torino 2014; M. CHIARAPINI, *Dove sono gli adulti? Assenti ingiustificati*, Milano, Paoline 2013; G. CUCCI, *La crisi dell'adulto. La sindrome di Peter Pan*, Cittadella, Assisi (PG) 2012; S. LAFFI, *La congiura contro i giovani. Crisi degli adulti e riscatto delle nuove generazioni*, Feltrinelli, Milano 2014; C. LAFONTAINE, *Il sogno dell'eternità. La società postmortale. Morte, individuo e legame sociale nell'epoca delle tecnoscienze*, Medusa, Milano 2009; L. MANICARDI, *Memoria del limite. La condizione umana nella società postmortale*, Vita & Pensiero, Milano 2011; A. MATTEO, *L'adulto che ci manca. Perché è diventato così difficile educare e trasmettere la fede*, Cittadella, Assisi 2014; P. SEQUERI, *Contro gli idoli postmoderni*, Lindau, Torino 2011; F. STOPPA, *La restituzione. Perché si è rotto il patto tra le generazioni*, Feltrinelli, Milano 2011.

costa, y por lo tanto incapaces de apasionarse o de perder el tiempo en la educación de las jóvenes generaciones.

2.3. ¿Iglesia creíble? La palabra a los jóvenes!

La Iglesia es el pueblo de Dios. Todos somos Iglesia. Se camina en la Iglesia y como Iglesia. Invitamos a los jóvenes a ser una parte viva de la Iglesia, a participar y a ser protagonistas.

Pero muy a menudo los propios jóvenes se sienten poco atraídos por la institución eclesial en su conjunto. No sólo la Iglesia se hace una idea de los jóvenes, también los jóvenes tienen una idea del cristianismo, de la Iglesia Católica, de los cristianos y de la cuestión religiosa. Para ser breve pongo a vuestra atención cinco dimensiones de la evaluación de los jóvenes sobre la Iglesia Católica en su conjunto, que nos debería hacer pensar¹⁷.

En primer lugar los jóvenes tienen una idea de Iglesia que vive una dinámica de *poder poco transparente*, que quiere ser incisiva no sólo políticamente, sino que en el fondo desearía tomar el lugar de la conciencia personal y sabe bien ocultar y camuflar los propios males, especialmente los que conciernen a la falta de "moralidad" de sus ministros.

Un segundo aspecto digno de destacar es la *fastuosidad de la Iglesia*. En un momento de crisis, muchas veces la Iglesia se presenta como un lugar de bienestar y de riqueza, muy escandaloso en este tiempo de crisis. Ciertamente, el estilo del Papa Francisco es básicamente un viento de oxígeno sobre este punto delicado que lamentablemente caracteriza a algunos aspectos de la vida de la Iglesia y de sus ministros.

Un tercer aspecto de evaluación es la de la *postura conservadora*: una cierta rigidez, una postura atrasada. Ellos ven a la Iglesia como dentro de una armadura fría y pesada que la hace impenetrable y bloqueada.

Un aspecto positivo es en cambio el reconocimiento de que la Iglesia sigue siendo la agencia fundamental que *custodia los valores* fundantes de la existencia humana. Es un aspecto sorprendente, pero bien atestiguada en el imaginario juvenil, que reconoce a la Iglesia un patrimonio cultural y humano inigualable.

Un quinto y último aspecto con la cual la Iglesia es comprendida por los jóvenes es la imagen de *una montaña de prohibiciones*, en el que la Iglesia es vista como una agencia productora de normas autoritarias que rigen la vida de sus fieles. Los jóvenes piden cuentas de la legitimidad y de lo obsoleto de ciertas normas impuestas a la vida de los fieles.

¹⁷ Para profundizar se puede ver: A. CASTEGNARO (con G. Dal Piaz y E. Biemmi), *Fuori dal recinto. Giovani, fede, Chiesa: uno sguardo diverso*, Ancora, Milano 2013, 129-149.

Creo que estos cinco aspectos de la evaluación son para nosotros importantes para acoger el pensamiento juvenil sobre la Iglesia y sobre nosotros, que trabajamos al interno de ella y en su nombre. Se convierten, creo, también en aspectos de evaluación concreta y de proyectualidad positiva para nuestra forma de hacer pastoral juvenil hoy.

2.4. Segunda conclusión: nosotros somos los primeros destinatarios de la nueva evangelización!

Me pregunto, al final de esta segunda etapa, *¿que debemos entender por "nueva evangelización"*? Por un lado están aquellos que miran mayormente a los *destinatarios* de la evangelización: la cultura de hoy, el hombre de hoy y para nosotros los jóvenes son radicalmente diferentes y entonces hay que repensar la estructura general de la transmisión de la fe. En este sentido, deberíamos comprometernos mayormente en comprender *"cómo hablar de Dios a los jóvenes"*. En la otra dirección están aquellos que se centran sobre los *sujetos* de la evangelización, la Iglesia, antes de pensarse adecuada al Evangelio, debe en primer lugar reconocer que es la destinataria privilegiada. Básicamente se trata de tomar conciencia de que no hay un momento histórico en el cual la Iglesia puede decirse que está "bien con Dios", sino que siempre está llamada a una continua conversión al Dios vivo, que siempre es más grande y siempre está por delante! En este sentido, necesitaríamos comprometernos aún más para entender "porqué hablar de Dios a los jóvenes".

Está claro que no se trata de contraponer estas dos "acentuaciones" -una más cultural y la otra más eclesial, una más *ad extra* y la otra más *ad intra*- sino de *ponerlos en orden*: la re-evangelización de nosotros los adultos, educadores, consagrados y ministros de la Iglesia es la condición para la evangelización de los jóvenes! Una Iglesia y unos enviados realmente evangelizados serán creíbles y eficaces, porque hablarán con sus vidas, antes que con sus palabras! En resumen: no podemos ser apóstoles creíbles si antes no somos apóstoles auténticos.

La obra de la evangelización debe ser una renovada conformación a Cristo el Señor, el cual permanece siempre como "el primero y el más grande evangelizador"¹⁸ y por lo tanto el modelo en el cual debemos inspirarnos siempre, una y otra vez, justamente porque el Señor Jesús es la eterna novedad: "Y si después os viene a la mente este pensamiento: pero entonces el Señor que vino a traernos de nuevo?, sepan que trajo toda la novedad trayendo a Sí mismo"¹⁹.

3. La aventura del espíritu

Pongamos en camino por los jóvenes y sobre todo con los jóvenes. La idea de que el Espíritu nos trae algo verdadero, lo intuyo, porque el Espíritu de Jesús es un *Spiritus Creator*, es un Espíritu innovador, que renueva continuamente cada cosa. Esto desde

¹⁸ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 9; FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 12.

¹⁹ IRENEO DI LIONE, *Contro le eresie*, IV,34,1.

luego, no dice nada nuevo, porque nos trae a Jesús y nos conduce a Jesús, pero lo hace en una manera siempre nueva y creativa, atractiva y convincente. Ciertamente como una aventura.

La misma santidad en la Iglesia, que es, evidentemente, obra del *Espíritu Santo*, es siempre novedosa y nunca vista. Piensen con atención: el santo no dice nada más de lo que se menciona en el Evangelio (es decir, hay en él una *ortodoxia eclesial perfecta*), pero lo dice de una forma completamente nueva, nunca vista y perfectamente adecuada a la época en la que vive y trabaja (es siempre una *praxis innovadora e inédita*). Por esto, por lo general, una época demora un tiempo, al menos al inicio, para comprender la profecía de un santo o de una santa.

3.1. ¿Cómo caminar? ¡Como comunidad educativo-pastoral!

Hoy se habla cada vez más de proyectos educativo-pastorales y de comunidad educativo-pastoral. La idea es clara: se terminó el tiempo de los bateadores libres, que hizo su propio bien pero llegó también al fin de su tiempo! Hoy, cada vez más, la *comunidad es el camino real y la estrategia ganadora para la educación y evangelización de los jóvenes*.

La aventura es común y compartida. Estamos llamados no sólo personalmente, sino convocados todos juntos. Debe transformarse realmente en una *convicción* para todos y cada uno - en un pensamiento que de alguna manera nos convence, es decir que vence sobre nuestras resistencias - que nuestra acción educativo-pastoral es siempre una experiencia comunitaria y que el sujeto único y articulado la misión es la Comunidad educativa y pastoral, que está bien definido en el reciente *Marco de Referencia para la Pastoral Juvenil Salesiana*:

comunidad, porque compromete en un clima de familia a los adultos y jóvenes, padres y educadores, donde el elemento fundamental de unidad no es el trabajo o la eficacia, sino un conjunto de valores vitales (educativos, espirituales, salesianos...), que configuran una identidad compartida y cordialmente deseada;

educativa: porque coloca en el centro de sus proyectos, relaciones y organizaciones, la preocupación por la promoción integral de los jóvenes, es decir la maduración de su potencial en todos los aspectos: físico, psicológico, cultural, profesional, social, trascendente;

pastoral: porque se abre a la evangelización, camina con los jóvenes al encuentro de Cristo y realiza una experiencia de Iglesia, donde con los jóvenes se experimentan los valores de la comunión humana y cristiana con Dios y con los otros²⁰.

²⁰ DICASTERO PER LA PASTORALE GIOVANILE, *La Pastorale Giovanile Salesiana. Quadro di riferimento*, Roma 2014³, 110.

Tal vez, el Rector Mayor que mejor ha puesto en evidencia el tema fue J. E. Vecchi: para él, la *razón determinante* que nos ha llevado en esta dirección de la corresponsabilidad es precisamente "la nueva estación que vive la Iglesia. Ella revela una aguda conciencia de ser comunión con Dios y con los hombres y toma *la comunión como camino principal para realizar la salvación del hombre*»²¹.

La declaración es capital, ya que reordena las prioridades de *aquello* que hacemos en relación a *cómo* lo hacemos, poniendo en primer plano que la forma en que se camina dice algo decisivo sobre dónde queremos llegar: la comunión, el compartir y la corresponsabilidad no deben ser considerados medios externos o extrínsecos a nuestra misión, sino el corazón mismo de la misión, ya que es una realización anticipada .

Los mismos estados de vida del cristiano no deben considerarse completas en sí mismas, sino que hacen emerger la propia riqueza exactamente desde el punto de vista de la comunión:

No fue un camino breve. El trabajo preconiliar, la reflexión del Concilio, el esfuerzo para restablecer la vida de la Iglesia y la pastoral en el post-Concilio, la síntesis doctrinal y la práctica madurada en los últimos años nos llevan también hacia el dos mil, el Sínodo sobre los laicos, sobre los ministros ordenados y sobre la vida consagrada y las posteriores Exhortaciones Apostólicas han clarificado cómo las *diferentes vocaciones se complementan, se enriquecen, se coordinan; de hecho, no pueden conseguir una identidad original, si no en referencia mutua dentro de la comunión eclesial*²².

No sólo es correcta la afirmación que no fue un camino breve, sino que se necesita agregar que estamos todavía en camino, porque todavía necesitamos profundizar y concretizar estas afirmaciones como Iglesia y como Familia Salesiana.

Basta pensar a los caminos que el reciente Sínodo sobre la familia nos ha indicado.

Se necesita madurar una verdadera *espiritualidad de comunión y de relación*. Reconocer antes que nada que Don Bosco fue un gran hombre de relación y participación, especialmente con los jóvenes. El primer regalo que él hace a los suyos es la de una relación de acogida, tanto que la calidad del encuentro educativo es lo que más le importa. Y en el privilegiar las virtudes relacionales como centro del diálogo educativo y de la colaboración operativa él es un auténtico y excelente discípulo de San Francisco de Sales, hombre manso y humilde de corazón.

Esto debe traducirse en *actitudes concretas, cotidianas, de todos los días, simples y eficaces*, que son la base de una Comunidad educativo-pastoral: una atenta toma de conciencia de nuestros comportamientos relacionales y comunicativos, la paciencia de la escucha y la disponibilidad para entrar en la lógica del intercambio de dones, la

²¹ Cfr. *Atti del Consiglio Generale* 363 (1998), I.3.

²² *Ibi*.

disposición para dar el primer paso y acoger siempre con bondad el asumir la disciplina diaria que valoriza el estar juntos, la rapidez para la reconciliación.

3.2. ¿En qué dirección apuntar? Contracorriente, hacia la fecundidad de la Cruz del Señor!

Me imagino y pienso en la Iglesia que camina; no simplemente en un grupo de amigos que deciden de vez en cuando hacer juntos *rafting* en las aguas turbulentas del río de la vida. Parecería una imagen prevista porque es una aventura simpática, pero es esencialmente mundana, muy en bajada y demasiado divertida.

La naturaleza, creo, nos orienta mejor: me gusta pensar en la Iglesia como en un grupo de salmones que resuelve con decisión removible resalir igualmente con la aventura y con el esfuerzo que provoca la corriente del río, yendo contra corriente respecto a aquellos que en cambio bajan divirtiéndose. Haciendo saltos impetuosos entre las cascadas, pasando con prudencia y astucia entre los peligros de los osos hambrientos, buscando de no quedar atrapados entre las rocas agudas, los salmones resalen con gran esfuerzo y sacrificio la corriente. Y, una vez que llegan a la meta, mueren depositando los huevos para dar origen a nueva vida, nuevas aventuras, nuevas posibilidades.

La aventura del Espíritu para Jesús es llegar a la fecundidad de la cruz, su aventura entre nosotros es propiamente aquella del grano de trigo, "En verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en tierra, no muere, queda solo; si en cambio muere, produce mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna»²³.

No hay fecundidad cristiana que no llegue al Calvario, el monte de la donación de sí mismo que regenera el mundo, y que San Francisco de Sales define "la montaña de los enamorados", porque sólo aquellos que realmente aman según Dios, pueden llegar hasta allí.

La perspectiva de la donación ofrece profundidad, sustancia y contenido a la proximidad pastoral: para la pastoral juvenil significa superar el riesgo del "juvenilismo", de una cercanía a los jóvenes neutral y ligera, incapaz de ser incisiva y significativa para sus vidas. Para Don Bosco la figura del educador tiene una identidad muy clara y para nada genérica: en el pequeño tratado sobre el *Sistema Preventivo* lo llama "un individuo consagrado al bien de sus alumnos, por lo que debe estar preparado para enfrentar cualquier problema, cualquier fatiga para lograr su fin, que es la educación cívica, moral y científica de sus alumnos"²⁴. Es decir, debe estar disponible para perderse a sí mismo para la salvación de sus jóvenes: "Yo les prometo, y les doy todo

²³ Jn 12,24-25.

²⁴ G. BOSCO, *Il sistema preventivo nella educazione della gioventù*, n. 3.

lo que soy y lo que tengo. Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo y por vosotros estoy dispuesto incluso a dar la vida”²⁵.

3.3. ¿Qué realizar? Obras de misericordia según nuestro carisma!

Estamos ya en el corazón del año en el que el Papa Francisco invita a toda la Iglesia a vivir la experiencia del “Jubileo extraordinario de la misericordia”.

Todos conocemos la distinción tradicional entre las obras de misericordia corporales y espirituales, propuestas en este año jubilar²⁶. De manera para mi opinión genial, en un famoso texto dedicado al tema de la misericordia, el Cardenal. W. Kasper concretiza de una manera más simplificada nuestro compromiso apostólico en favor de la misericordia, siguiendo una cuádruple distinción que creo recoge los signos de la identidad del carisma salesiano, comprometido en manera integral al servicio de cada joven y de todos los jóvenes . El afirma que:

la diferenciada enumeración de las obras de misericordia corporal y espiritual no es ni ingenua, ni arbitraria. Ella corresponde a la distinción de una *cuádruple pobreza*; la pobreza más fácil de entender es aquella *física o económica*, no tener un techo sobre la cabeza y nada en la olla, tener hambre y sed, no tener con que vestirse o refugio para defenderse de la intemperie atmosférica, hoy agregaríamos estar desocupados. A esto se suman las enfermedades graves o las discapacidades graves, que no pueden ser tratadas y curadas por la falta de medicina adecuada. No menos importante que la pobreza física es la *pobreza cultural*, ésta significa, en los casos extremos, el analfabetismo, y en la menos extrema, pero aún decisiva, no tener ninguna o sólo algunas posibilidad para estudiar y, por lo tanto, pocas perspectivas de futuro, ser excluidos de la participación en la vida social y cultural.

Una tercera forma de pobreza que debemos mencionar es la *pobreza en términos de relaciones*; que toma en cuenta al hombre como un ser social: soledad y aislamiento, pérdida de la pareja, la pérdida de miembros de la familia o amigos, dificultad para comunicarse, exclusión culpable o impuesta por la comunicación social, discriminación y marginación hasta el aislamiento en una celda de la prisión. Por último debemos mencionar la *pobreza espiritual*, que en nuestra situación occidental representa un grave problema: la falta de orientación, el vacío interior, la falta de consuelo y esperanza, la desesperación sobre el significado de la vida, la pérdida de moral y espiritual hasta colapsarse psíquicamente. La diversidad y la multidimensionalidad de las situaciones de pobreza requieren una *respuesta pluridimensional*²⁷.

²⁵ G.B. LEMOYNE, *Memorie biografiche di don Bosco*, VII, 585.

²⁶ Cfr. FRANCESCO, *Bolla di indizione del giubileo straordinario della misericordia*, n. 15.

²⁷ W. KASPER, *Misericordia. Concetto fondamentale del vangelo - Chiave della vita cristiana* (Giornale di teologia 361), Queriniana, Brescia ⁶2015, 216-217.

Me parece que esta cuádruple pobreza sea aquella que Don Bosco ha encontrado en las calles de Turín, hace más de ciento cincuenta años siendo un joven sacerdote, se conmovió de frente a los jóvenes y experimentó la misma compasión que atravesó el corazón de Jesús. Del corazón de Don Bosco nació la *idea del oratorio*, que se concretiza hoy a través de lo que llamamos con razón “criterio oratoriano”, que debe caracterizar todas nuestras acciones educativo-pastorales y todo nuestro trabajo apostólico, que se resumen en el artículo 40 de nuestras Constituciones Salesianas:

Don Bosco vivió una típica experiencia pastoral en su primer oratorio, que fue para los jóvenes una *casa que acoge, una parroquia que evangeliza, una escuela que prepara para la vida y un patio para encontrar a los amigos y vivir con alegría*.

En el cumplir hoy nuestra misión, la experiencia de Valdocco sigue siendo el criterio permanente de discernimiento y renovación de cada actividad y obra.

Ahora, si hacéis una operación de conexión, es natural reconocer el vínculo entre la cuádruple pobreza expresada por el Card. Kasper y los cuatro pilares del criterio oratoriano, que constituyen la identidad del carisma salesiano de todos los tiempos y de todas las formas de ejercicio de nuestra misión.

A la *pobreza corporal* corresponde el pilar de la “casa que acoge”. Satisfacer las necesidades básicas de los tantos jóvenes (hoy lo llamamos incluso “promoción humana”) fue para Don Bosco el primer paso: dar una cama, una manta, una comida, un lugar de encuentro, un ambiente en el cual se puede sentir acogido, un ambiente de familia donde haya una paternidad y una maternidad en acción. Si pensamos en la actualidad a la situación de los refugiados que llaman a las puertas de Europa no podemos no ir hacia atrás, por algunos aspectos, a la situación de Turín en el 800, que ha visto a Don Bosco protagonista apasionado y creativo.

A la *pobreza cultural*, sin duda corresponde la idea cultural de “la escuela que prepara para la vida”. Don Bosco se ha dado cuenta de inmediato que la respuesta a las necesidades básicas era necesaria pero no suficiente: y es así que nacen las escuelas nocturnas, las escuelas de artesanía, los primeros contratos de trabajo firmados por él mismo para garantizar la justicia en el trabajo, caminos sólidos de formación intelectual y práctica. Dar consistencia cultural significa dar estructura humana definida y dignidad personal garantizada. Sin cultura nos falta siempre un espíritu social crítico y de profundidad social, y se está expuesto a todas las malas condiciones y a la manipulación de otros.

A la *pobreza relacional* Don Bosco respondió con “el patio para reunirse con amigos y vivir en alegría”. El profesor que enseña desde la cátedra, el sacerdote que predica desde el púlpito, el educador que tiene sesiones de entrenamiento, el superior que manda desde arriba no son para Don Bosco figuras apropiadas: para él la verdadera relación nace y se desarrolla en el patio, lugar de los afectos compartidos, de la

amistad vivida y del juego feliz y despreocupado que da espacio a la confianza y a la familiaridad.

Por último, es evidente como la *pobreza espiritual* encuentra su correspondencia en la necesidad de ofrecer a los jóvenes una “parroquia que evangeliza”, es decir, una propuesta sistemática de educación de la fe. Somos conscientes de la terrible ignorancia religiosa y, por tanto, hay que “asumir sin dudar la situación actual de analfabetismo de fe de muchos creyentes y de analfabetismo de vida de tantos contemporáneos y avanzar hacia un nuevo aprendizaje de la gramática de las relaciones”²⁸.

3.4. Tercera conclusión: ¡crecer en la confianza en los jóvenes!

Finalmente llegamos a la tercera y última conclusión.

Para ser educadores y pastores, se requiere una *actitud fundamental* hacia la juventud: la *confianza y la esperanza en los jóvenes mismos*, reconociendo en ellos los verdaderos protagonistas de su propia educación y evangelización.

El acompañamiento necesario, el apoyo y la evaluación –de frente también a los fracasos que pueden surgir– no pueden hacernos perder la esperanza sobre las capacidades y posibilidades de los jóvenes en ser protagonistas de sus propias vidas.

Acertadamente, afirma Benedicto XVI, la tarea educativo-pastoral es agredida a muerte cuando estamos en presencia de la pérdida general de confianza, y sobre todo de esperanza de que, en el momento en el cual se agrade a la fe y a la caridad, se vacía desde dentro su fuerza motriz²⁹:

*El aspecto más grave de la emergencia educativa es la sensación de desánimo que sienten muchos educadores, especialmente los padres y profesores, ante las dificultades que hoy presenta su tarea. Así escribía en la citada carta: "El alma de la educación puede ser sólo una esperanza consciente. Hoy nuestra esperanza se ve amenazada desde muchos lados y corremos el riesgo de convertirnos, como los antiguos paganos, en hombres "sin esperanza y sin Dios en este mundo, como escribió el apóstol Pablo a los cristianos de Éfeso (2,12). Tal vez, justamente aquí, nace la dificultad más profunda para una verdadera obra educativa: en la raíz de la crisis de la educación está de hecho una crisis de confianza en la vida", que, después de todo, no es más que la desconfianza en Dios que nos ha llamado a la vida*³⁰.

²⁸ L. MANICARDI, *La fatica della carità. Le opere di misericordia*, Qiqajon, Magnano (BI) 2010, 47.

²⁹ Sobre el tema de la esperanza entendida como “fuerza motriz” de la fe y de la caridad, insuperable queda la reflexión de C. PEGUY, la *puerta del misterio de la segunda virtud*, in C. PEGUY, *Los misterios* (Mondi letterari 35), Jaca Book, Milano 1997³, 155-282.

³⁰ Del *Discurso de Su Santidad Benedetto XVI en la audiencia a los Capitulares* del 31 marzo 2008.

La peor actitud de un agente pastoral es aquella de no tener esperanza en los jóvenes a quienes es enviado. Este desaliento es un pecado mortal, que condena a muerte la existencia de la Iglesia misma y su particular vocación, porque

*Hay un sólo pecado mortal: el desaliento, porque de allí nace la desesperación y la desesperación en sustancia no es ya solo un pecado, sino la muerte misma del espíritu. [...] Cuidaos solamente de una cosa: del desaliento*³¹.

La Biblia y el carisma realmente nos muestran la importancia de buscar y cultivar esta confianza inoxidable, que tiene sus raíces en la obstinada conciencia de que en cada persona ha sido sembrada la semilla de la bondad y de la generosidad, aunque si su forma de vida muestra exactamente lo contrario:

Así el acontecimiento de la Encarnación *es efectivamente la trama fundamental de todo el drama de la historia de la salvación*. En la parábola de los viñadores homicidas, que la recorre sintéticamente, se ve con claridad:

Entonces empezó a decir al pueblo esta parábola: “Un hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores y se fue por un largo tiempo. En el momento apropiado, envió a un siervo a los agricultores para que le diesen su parte del fruto de la viña. Pero los agricultores lo golpearon y lo enviaron con las manos vacías. Él envió otro siervo, pero también recibió una paliza, lo insultaron y lo despidieron con las manos vacías. Envió a un tercero, pero también a éste lo hirieron y lo mandaron fuera. Entonces dijo el dueño de la viña, ‘¿Qué debo hacer? Voy a enviar a mi hijo, el amado, tal vez a él lo respetarán’”. Los agricultores, sin embargo, apenas lo vieron, razonaron entre ellos: “Este es el heredero. Matémoslo, y así la herencia será nuestra”. Lo pusieron fuera de la viña y lo mataron. ¿Qué hará el dueño de la viña? Vendrá, matará a los agricultores y entregará el viñedo a otros”³².

Así, el principio de la misión salesiana está marcada por una fe obstinada y confianza tenaz en los jóvenes, capaz de ir incluso contra el sentido común:

Mientras se organizaban los medios necesarios para facilitar la enseñanza religiosa y literaria surgió otra necesidad más grande que requería de medidas urgentes. Muchos jóvenes turineses y de otros pueblecitos deseaban hacerse de una vida moral y de trabajadores; pero aunque estaban animados para empezar, no tenían ni pan, ni vestido, ni alojamiento donde estar al menos durante algún tiempo. Para alojar por lo menos a algunos, que por la noche no tenían dónde refugiarse, se preparó un granero, donde se podía pasar la noche sobre un poco de paja. Pero ellos repetidamente se robaron las sábanas, las mantas y, hasta la misma paja que la vendieron³³.

³¹ V. SOLOVIEV, *los tres dialogos y narración del anticristo*, Marietti, Torino 1996², 52.54.

³² Lc 20,9-16.

³³ Cfr. G.B. LEMOYNE, *Memorie biografiche di don Bosco*, III, 211-213.

Don Bosco actuó en perfecta fidelidad a las palabras de San Pablo que, cantando las alabanzas de Abraham, modelo paradigmático de la fe, afirma que “*él creyó, esperando contra toda esperanza, y así se convirtió en padre de muchos pueblos, como se le había prometido: Así será tu descendencia*”³⁴.

Así es la vida cristiana, ¡una vida bajo el signo de la fe, de la esperanza y de la caridad!

Con la misma obstinada confianza en los jóvenes ha nacido y se ha desarrollado el carisma salesiano!

Esta es la aventura que estamos llamados a caminar hoy con Jesús, con la Iglesia y con los jóvenes!

³⁴ Rm 4,18.

🎯 Comunicación

L Jornada de las Comunicación Sociales

Papa Francisco

1. Comunicación y misericordia: un encuentro fecundo

El Año Santo de la Misericordia nos invita a reflexionar sobre la relación entre la comunicación y la misericordia. En efecto, la Iglesia, unida a Cristo, encarnación viva de Dios Misericordioso, está llamada a vivir la misericordia como rasgo distintivo de todo su ser y actuar. Lo que decimos y cómo lo decimos, cada palabra y cada gesto debería expresar la compasión, la ternura y el perdón de Dios para con todos. El amor, por su naturaleza, es comunicación, lleva a la apertura, no al aislamiento. Y si nuestro corazón y nuestros gestos están animados por la caridad, por el amor divino, nuestra comunicación será portadora de la fuerza de Dios.

Como hijos de Dios estamos llamados a comunicar con todos, sin exclusión. En particular, es característico del lenguaje y de las acciones de la Iglesia transmitir misericordia, para tocar el corazón de las personas y sostenerlas en el camino hacia la plenitud de la vida, que Jesucristo, enviado por el Padre, ha venido a traer a todos. Se trata de acoger en nosotros y de difundir a nuestro alrededor el calor de la Iglesia Madre, de modo que Jesús sea conocido y amado, ese calor que da contenido a las palabras de la fe y que enciende, en la predicación y en el testimonio, la «chispa» que los hace vivos.

La comunicación tiene el poder de crear puentes, de favorecer el encuentro y la inclusión, enriqueciendo de este modo la sociedad. Es hermoso ver personas que se afanan en elegir con cuidado las palabras y los gestos para superar las incomprendiones, curar la memoria herida y construir paz y armonía. Las palabras pueden construir puentes entre las personas, las familias, los grupos sociales y los pueblos. Y esto es posible tanto en el mundo físico como en el digital. Por tanto, que las palabras y las acciones sean apropiadas para ayudarnos a salir de los círculos viciosos de las condenas y las venganzas, que siguen enmarañando a individuos y naciones, y que llevan a expresarse con mensajes de odio. La palabra del cristiano, sin embargo, se propone hacer crecer la comunión e, incluso cuando debe condenar con firmeza el mal, trata de no romper nunca la relación y la comunicación.

Quisiera, por tanto, invitar a las personas de buena voluntad a descubrir el poder de la misericordia de sanar las relaciones dañadas y de volver a llevar paz y armonía a las familias y a las comunidades. Todos sabemos en qué modo las viejas heridas y los resentimientos que arrastramos pueden atrapar a las personas e impedirles comunicarse y reconciliarse. Esto vale también para las relaciones entre los pueblos. En todos estos casos la misericordia es capaz de activar un nuevo modo de hablar y dialogar, como tan elocuentemente expresó Shakespeare: «La misericordia no es obligatoria, cae como la dulce lluvia del cielo sobre la tierra que está bajo ella. Es una doble bendición: bendice al que la concede y al que la recibe»³⁵.

Es deseable que también el lenguaje de la política y de la diplomacia se deje inspirar por la misericordia, que nunca da nada por perdido. Hago un llamamiento sobre todo a cuantos tienen responsabilidades institucionales, políticas y de formar la opinión pública, a que estén siempre atentos al modo de expresarse cuando se refieren a quien piensa o actúa de forma distinta, o a quienes han cometido errores. Es fácil ceder a la tentación de aprovechar estas situaciones y alimentar de ese modo las llamas de la desconfianza, del miedo, del odio. Se necesita, sin embargo, valentía para orientar a las personas hacia procesos de reconciliación. Y es precisamente esa audacia positiva y creativa la que ofrece verdaderas soluciones a antiguos conflictos así como la oportunidad de realizar una paz duradera. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. [...] Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,7.9).

Cómo desearía que nuestro modo de comunicar, y también nuestro servicio de pastores de la Iglesia, nunca expresara el orgullo soberbio del triunfo sobre el enemigo, ni humillara a quienes la mentalidad del mundo considera perdedores y material de desecho. La misericordia puede ayudar a mitigar las adversidades de la vida y a ofrecer calor a quienes han conocido sólo la frialdad del juicio. Que el estilo de nuestra comunicación sea tal, que supere la lógica que separa netamente los pecadores de los justos. Nosotros podemos y debemos juzgar situaciones de pecado –violencia, corrupción, explotación, etc.–, pero no podemos juzgar a las personas, porque sólo Dios puede leer en profundidad sus corazones. Nuestra tarea es amonestar a quien se equivoca, denunciando la maldad y la injusticia de ciertos comportamientos, con el fin de liberar a las víctimas y de levantar al caído. El evangelio de Juan nos recuerda que «la verdad os hará libres» (Jn 8,32). Esta verdad es, en definitiva, Cristo mismo, cuya dulce misericordia es el modelo para nuestro modo de anunciar la verdad y condenar la injusticia. Nuestra primordial tarea es afirmar la verdad con amor (cf. Ef 4,15). Sólo palabras pronunciadas con amor y acompañadas de mansedumbre y misericordia tocan los corazones de quienes somos pecadores. Palabras y gestos duros y moralistas corren el riesgo hundir más a quienes querríamos conducir a la conversión y a la libertad, reforzando su sentido de negación y de defensa.

³⁵ *El mercader de Venecia*, Acto IV, Escena I

Algunos piensan que una visión de la sociedad enraizada en la misericordia es injustificadamente idealista o excesivamente indulgente. Pero probemos a reflexionar sobre nuestras primeras experiencias de relación en el seno de la familia. Los padres nos han amado y apreciado más por lo que somos que por nuestras capacidades y nuestros éxitos. Los padres quieren naturalmente lo mejor para sus propios hijos, pero su amor nunca está condicionado por el alcance de los objetivos. La casa paterna es el lugar donde siempre eres acogido (cf. Lc 15,11-32). Quisiera alentar a todos a pensar en la sociedad humana, no como un espacio en el que los extraños compiten y buscan prevalecer, sino más bien como una casa o una familia, donde la puerta está siempre abierta y en la que sus miembros se acogen mutuamente.

Para esto es fundamental escuchar. Comunicar significa compartir, y para compartir se necesita escuchar, acoger. Escuchar es mucho más que oír. Oír hace referencia al ámbito de la información; escuchar, sin embargo, evoca la comunicación, y necesita cercanía. La escucha nos permite asumir la actitud justa, dejando atrás la tranquila condición de espectadores, usuarios, consumidores. Escuchar significa también ser capaces de compartir preguntas y dudas, de recorrer un camino al lado del otro, de liberarse de cualquier presunción de omnipotencia y de poner humildemente las propias capacidades y los propios dones al servicio del bien común.

Escuchar nunca es fácil. A veces es más cómodo fingir ser sordos. Escuchar significa prestar atención, tener deseo de comprender, de valorar, respetar, custodiar la palabra del otro. En la escucha se origina una especie de martirio, un sacrificio de sí mismo en el que se renueva el gesto realizado por Moisés ante la zarza ardiente: quitarse las sandalias en el «terreno sagrado» del encuentro con el otro que me habla (cf. Ex 3,5). Saber escuchar es una gracia inmensa, es un don que se ha de pedir para poder después ejercitarse practicándolo.

También los correos electrónicos, los mensajes de texto, las redes sociales, los foros pueden ser formas de comunicación plenamente humanas. No es la tecnología la que determina si la comunicación es auténtica o no, sino el corazón del hombre y su capacidad para usar bien los medios a su disposición. Las redes sociales son capaces de favorecer las relaciones y de promover el bien de la sociedad, pero también pueden conducir a una ulterior polarización y división entre las personas y los grupos. El entorno digital es una plaza, un lugar de encuentro, donde se puede acariciar o herir, tener una provechosa discusión o un linchamiento moral. Pido que el Año Jubilar vivido en la misericordia «nos haga más abiertos al diálogo para conocernos y comprendernos mejor; elimine toda forma de cerrazón y desprecio, y aleje cualquier forma de violencia y de discriminación»³⁶. También en red se construye una verdadera ciudadanía. El acceso a las redes digitales lleva consigo una responsabilidad por el otro, que no vemos pero que es real, tiene una dignidad que debe ser respetada. La red puede ser bien utilizada para hacer crecer una sociedad sana y abierta a la puesta en común.

³⁶ *Misericordiae vultus*, 23.

La comunicación, sus lugares y sus instrumentos han traído consigo un alargamiento de los horizontes para muchas personas. Esto es un don de Dios, y es también una gran responsabilidad. Me gusta definir este poder de la comunicación como «proximidad». El encuentro entre la comunicación y la misericordia es fecundo en la medida en que genera una proximidad que se hace cargo, consuela, cura, acompaña y celebra. En un mundo dividido, fragmentado, polarizado, comunicar con misericordia significa contribuir a la buena, libre y solidaria cercanía entre los hijos de Dios y los hermanos en humanidad.

Filiberto González (Consejero General para la Comunicación Social)

2. La comunicación de la misericordia no conoce límites³⁷

El Papa Francisco nos ha entregado el mensaje de la quincuagésima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Este año ha invitado a Comunicar con Misericordia, afirmando: “Lo que decimos y cómo lo decimos, cada palabra y cada gesto debería expresar la compasión, la ternura y el perdón de Dios para con todos. El amor, por su naturaleza, es comunicación, lleva a la apertura, no al aislamiento (...), las palabras pueden construir puentes entre las personas, las familias, los grupos sociales y los pueblos. Y esto es posible tanto en el mundo físico como en el digital”.

La invitación a comunicar con misericordia es abierta y universal, viene ofrecida sea a la Iglesia como a la gente de buena voluntad, a la diplomacia y a la política, a los pueblos y a los diversos grupos sociales. La comunicación de la misericordia no conoce límites, porque depende de la calidad de las personas, de su capacidad de escucha, de aceptación, de compartir, no de los medios: “También los correos electrónicos, los mensajes de texto, las redes sociales, los foros pueden ser formas de comunicación plenamente humanas. No es la tecnología la que determina si la comunicación es auténtica o no, sino el corazón del hombre y su capacidad para usar bien los medios a su disposición. Las redes sociales son capaces de favorecer las relaciones y de promover el bien de la sociedad”.

Finaliza su mensaje dejando ver algunas de sus líneas de pontificado como la cultura del encuentro, la centralidad de la persona, la Iglesia en salida: “La comunicación, sus lugares y sus instrumentos han traído consigo un alargamiento de los horizontes para muchas personas. Esto es un don de Dios, y es también una gran responsabilidad. Me gusta definir este poder de la comunicación como «proximidad». El encuentro entre la comunicación y la misericordia es fecundo en la medida en que genera una proximidad que se hace cargo, consuela, cura, acompaña y celebra”.

³⁷ Comentario del 50º Mensaje del Papa para la Jornada de las Comunicaciones Sociales.

Deseo a todos una buena reflexión y aplicación del mensaje del Papa a la vida personal, familiar, comunitaria, laboral y social. Les saludamos, como siempre, todos los miembros del Dicasterio para la Comunicación y les deseamos una feliz fiesta de San Francisco de Sales y de San Juan Bosco, dos grandes comunicadores de la misericordia de Dios a los jóvenes y a las personas más necesitadas.

📍 Vida salesiana

Libros... y libros

Carlos Rey Estremera³⁸

Una vez alguien me dijo: “Si quieres adquirir conocimientos, vete a..., y me indicó el lugar; pero si lo que quieres es encontrar vida, haz esto y aquello”.

Hay lugares, cursos, libros, personas... que ofrecen informaciones; otros tienen y transmiten vida; aquellos son útiles para saber, estos para aprender a vivir. Algunos dejan tal marca, que volvemos a ellos una y otra vez, incluso por el resto de la vida.

Muchos años atrás tuve una experiencia en Brasil, que comparto. Llegó a donde yo trabajaba una persona que no conocía a los salesianos. Le impactó nuestro trabajo con chicos de la calle. Hablamos y yo me referí a Don Bosco. “Quiero conocerlo, me dijo. ¿Me puedes dejar algún libro sobre él?” “Sí, claro, le dije”, y así quedamos. Me sentí algo apurado, pues en nuestra biblioteca no teníamos casi nada.

Lo mejor que encontré fue la biografía de Don Bosco escrita por Don Lemoyne. “Es larga y antigua, pensé. No le va a gustar”. Pero le gustó y me pidió más. Busqué en otras casas salesianas mejor surtidas y aquel hombre leyó todos los libros que le ofrecí, antiguos y recientes.

Un buen día me dijo. ¿No tienes algo de Don Bosco mismo? Me quedé sin palabras. Le había prestado libros “sobre” don Bosco, pero ninguno “de” Don Bosco, así que le di lo que tenía a mano: las Memorias del Oratorio y las biografías de Savio, Magone o Besucco.

Tiempo después cambié de ciudad por motivos de trabajo. Al despedirse me dijo. “¿Sabes?, hay autores que informan sobre Don Bosco; otros lo dan a conocer por dentro. De unos he recibido información; otros me han comunicado vida”. Y añadió: “Prefiero los escritos de Don Bosco a todos los demás”.

Umberto Eco, recientemente fallecido, aconseja a quien inicia una tesis doctoral no dejar de lado las obras más humildes, porque a veces contienen secretos de gran

³⁸ Texto inédito para Forum.com.

valor. Siguiendo su orientación, al iniciar la mía sobre Don Bosco, leí casi todas las 211 obras mayores y algunas de las 387 menores salidas de su pluma³⁹, así como un sinnúmero de libros sobre él de todo tipo y tamaño.

Considero un tesoro el testimonio de Don Caviglia quien, después de años manejando los documentos originales de Don Bosco, afirma:

“He sentido muchas veces temblar mi mano ante ciertos textos autógrafos de Don Bosco en los que son muy visibles las huellas de su cansancio nocturno o la oscilación de su pulso por escribir en el carruaje o en el tren. Las interrupciones y rupturas que se observan en el periodo gramatical, así como las frecuentes vacilaciones y cambios en la redacción, dejan constancia de las continuas interrupciones e interferencias y de las urgencias que le presionaban de todos los lados y a todo momento”⁴⁰.

La misma escritura, dice Caviglia, guarda y revela las huellas de su autor: ritmo de vida, estado, deseos, incertidumbres, agobios..., lo que hace posible conectar con él, conocerle, sentirse afectado y conmoverse, casi como si estuviera vivo y cercano.

También yo, según leía a Don Bosco, me iba sintiendo en sintonía con él, de modo que cuando alguien me preguntaba: “¿Qué tal te va la tesis?”, solía responder: “Conforme avanzo, tengo la impresión de estar conviviendo con Don Bosco y de ir conociéndole, por lo que su forma de pensar y actuar se me va haciendo más y más familiar”.

Es por eso que, al tiempo que admiro, me entristecen algunas publicaciones sobre Don Bosco de los últimos años. Reconozco que son fruto de un trabajo hercúleo y encomiable y que su contribución es necesaria y muy valiosa, pero lamento que no reflejen lo esencial del personaje. Ofrecen un sinnúmero de informaciones sobre el contexto político o eclesial de su época y su influencia en él, pero no atinan a dar razón de su vida y su obra.

Me preocupa que afirmaciones o posturas del santo, que se refieren a su experiencia de Dios o a la acción del Espíritu Santo en él, sean fácilmente clasificadas como subjetivas, fruto de la mentalidad de la época o poco dignas de consideración, por carecer de objetividad histórica.

³⁹ ISTITUTO STORICO SALESIANO, *Conoscere Don Bosco. Fonti – Studi – Bibliografia*, LAS, Roma (CD-Rom).

⁴⁰ Traducción libre de: CAVIGLIA, A., *Opere e scritti editi e inediti di “Don Bosco”...* Vol. primo, Parte I, *Storia Sacra*, Torino, SEI, 1929, p. VIII-IX.

Me parecen particularmente graves dos cosas: 1º que se pase de puntillas sobre episodios o experiencias en los que Don Bosco se detiene especialmente, o se ofrezca de ellas interpretaciones claramente insuficientes; 2º que se ponga el protagonismo en Don Bosco, cuando él lo pone siempre en Dios, o que se atribuya esto a su mentalidad providencialista. El protagonismo de Dios está de tal modo el ADN de nuestro fundador, que escribe las MO “para dar a conocer a sus hijos cómo Dios mismo guió siempre todos los sucesos” (MO 5).

Hay libros que van a la estantería incluso sin acabar de ser leídos, y ya no salen de allí. Otros saltan una y otra vez de ella a la mesa de trabajo, a la mesilla de noche o a la oración; los hay que ponemos al alcance de nuestra mano o nos descargamos en el ordenador o tablet para tenerlos siempre disponibles, pues suelen sorprendernos con nuevas aportaciones o matices. Ojalá entre estos, además de la Biblia, esté alguna obra de Don Bosco o de quien fue tan significativo para él: Cafasso o Francisco de Sales, por ejemplo. Nos darán mucha vida.

Conozco a una persona que, en un momento difícil de su vida sintió necesidad de comprar una Biblia, pero imposibilitada de leerla por el excesivo trabajo, la puso sobre su mesa de trabajo. Allí permaneció varios meses hasta que, tomadas algunas decisiones, la abrió. Fue el inicio de un proceso determinante en su vida.

Después de haber sido presentado como quien “sabe mucho de Ignacio de Loyola”, un jesuita inició su charla diciendo: “Si yo sé algo de Ignacio no es tanto porque lo he estudiado, sino porque es mi padre espiritual. Convivo con él hace ya muchos años, de modo que al abrir y leer alguno de sus escritos, sin importar su antigüedad o su lenguaje de otra época, le veo, le siento palpitar, respirar, vivir. Ignacio es para mí fuente de vida, canal privilegiado de la acción de Dios en mi persona, sacramento por el que Dios se encarna en mí y me transforma. Ignacio no se me agota nunca”. ¡Dichoso el salesiano que pueda decir algo parecido de Don Bosco!

Las palabras de este jesuita nos recuerdan las de Don Bosco a sus hijos:

“Ante todo, dejo dejar sentado que escribo para mis queridísimos hijos salesianos.

Se trata de un padre que se deleita hablando de sus cosas a sus hijos queridos; quienes, por su parte, gozan al conocer las pequeñas aventuras del que tanto los amó y siempre, así en los asuntos pequeños como en los grandes, se afaná trabajando por su provecho espiritual y material.

Cuando después de mi muerte, hijos míos, leáis estos recuerdos, acordaos de que tuvisteis un padre cariñoso que, antes de abandonar el mundo, os ha dejado las presentes memorias como prenda de cariño paternal” (MO 5).

Muchas son las personas que recibieron vida de libros que la contenían: Teresa de Jesús del *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna y de *Las Confesiones* de San Agustín; Francisco de Sales del *Combate Espiritual* de L. Scupoli y del *Cantar de los Cantares*; Don Bosco de *La Imitación de Cristo*; Edit Stein del *Libro de la vida* de Teresa de Jesús; otras, cuyos nombres omito, pero que conozco, de *La Introducción a la Vida Devota* de S. F. de Sales, de *El coraje de tener miedo* de M.D. Molinié, de *Ni santo ni mediocre* y *Soledad habitada* ambos de J. Garrido, de *Drama y esperanza* – 3 Vol. de J.L. Elorza...

Para muchísimos cristianos es la “Biblia” la fuente permanente e inagotable de vida. Hay salesianos que tiene las *Memorias del Oratorio* o los *Ejercicios Espirituales al clero* de J. Cafasso, como textos de referencia.

¿Tienes o has tenido tú algún libro así?

© Claroscuros

Testigos de Dios en el claroscuro de la vida La tarea educativo-evangelizadora: problemática, pero no imposible

Miguel Ángel Calavia

La misión que cada uno tiene y el trabajo que realiza son elemento esencial de la propia identidad. Es más, el nivel de satisfacción y autoestima tiene mucho que ver con el “éxito” en la misión encomendada y el trabajo realizado. Pero la experiencia nos dice que no siempre es así. El claro oscuro de la vida se dibuja también en el campo de la misión, en nuestra tarea educativa y evangelizadora, dando pie a posturas y reacciones diversas.

La educación, cuestionada...

Los vaivenes en las políticas educativas comportan siempre un desasosiego en padres y profesores. Pero la cuestión es más seria: ¿Es posible educar, hoy?

La pregunta no es gratuita. En torno a ella encontramos posturas muy diversas: la de aquellos que siguen apostando por la educación con ilusión y creatividad, conscientes de su importancia y necesidad en el actual momento socio-cultural; y en el lado opuesto, la de aquellos, más escépticos e incluso desencantados, con una notable pérdida de pasión educativa, debido a problemas y dificultades de todo tipo: la dificultad de conectar con el núcleo de la persona del educando, en donde germinan y crecen los frutos educativos; los problemas en la propia persona del educador: falta de serenidad y unidad personal por problemas de todo tipo - disciplina, economía, escaso reconocimiento social, cansancio y estrés- ; y la falta de apoyo por parte de la familia y el ámbito social.

¿Y la evangelización?

La pregunta aparece también en la tarea *evangelizadora y catequética*, sobre todo cuando ésta se ofrece como propuesta de personalización de la fe y vivencia de un cristianismo más “vocacionado”, que sean alternativa a una fe meramente

sociológica, preocupada solamente por los ritos y costumbres del imaginario religioso social.

Y es que en el campo de la misión evangelizadora el claro-oscuro es evidente. Asistimos, cada día más, a criterios y formas de vida que son un impedimento para la vivencia de la fe cristiana, e incluso eclipsan la pregunta y la sensibilidad religiosa. Pensemos, por ejemplo, la superficialidad de vida; el ansia por el bienestar económico, expresado en un consumismo alocado; el neindividualismo como tendencia a preocuparse sólo de los propios reductos; los miedos y reservas a asumir compromisos estables y duraderos; sin dejar de lado la irrelevancia de la fe en la cultura actual y la poca capacidad de convocatoria de la Iglesia, especialmente entre los jóvenes.

Pero no todo son obstáculos. El actual contexto socio-cultural nos presenta también unos perfiles que invitan a la confianza: la nueva sensibilidad por la religiosidad o la espiritualidad en la actual cultura europea, ante el ansia de sentido en las personas y en la sociedad; la revisión del laicismo como planteamiento vital y cultural, y su limitación a la hora de responder a las cuestiones personales y colectivas; el fenómeno de la inmigración, que ha trastocado la dimensión privada de la religión, y la ha devuelto al ámbito público.

Y si nos acercamos a la generación joven, junto a manifestaciones que a todos nos preocupan y ocupan, encontramos también en los jóvenes perfiles que siguen justificando la confianza: la apertura de los jóvenes a todo aquello que cimiente su *identidad*, y al mismo tiempo respete la propia originalidad, libertad y autonomía; la primacía que tiene la *experiencia* en sus vidas, por encima de los planteamientos meramente teóricos o abstractos, la importancia de la *comunicación, las relaciones personales auténticas*, los ambientes y lugares *cálidos* donde puedan expresarse libremente, frente a la burocratización, los convencionalismos y “diplomacias” de los adultos; el valor del *servicio y altruismo* hacia los débiles y excluidos, manifestado en una gran sensibilidad hacia valores como la paz, la justicia, la solidaridad universal y hacia tareas de compromiso y voluntariado social y misionero.

Las posturas y reacciones en este campo son también diversas: personas que leen como “signo de los tiempos” el contexto cultural descrito, y asumen el reto de la evangelización con ilusión y creatividad; y personas para las que la tarea se ve casi imposible, y se contentan con una pastoral de conservación, recluida en estructuras y ambientes con apenas capacidad de convocatoria para los jóvenes.

TESTIGOS DE DIOS en el claro oscuro de la misión

Como comunidad salesiana somos invitados a situarnos lucida y críticamente en este claro oscuro de la misión educativa y evangelizadora, y preguntarnos qué significa ser testigos de Dios en este contexto, y como hacer más creíbles nuestro testimonio y tarea pastoral. Indicamos algunas líneas que inviten a la reflexión y al discernimiento,

a) La misión en el nombre del Señor y desde criterios de fe

Ser testigos de Dios en la misión conlleva un primer convencimiento: la comunidad salesiana no actúa con criterios meramente de buena gestión o en función de la propia realización personal, sino por motivos de fe. Lo que nos convoca para la misión educativa y evangelizadora es la interpelación que recibimos de un Dios que reclama constantemente nuestra libertad para que lo aceptemos como “cimiento” y como “futuro” de nuestro ser y de nuestra actuar. Esta experiencia es la que da seguridad y confianza a nuestro trabajo pastoral; a echar la red en el nombre del Señor, aunque (o porque) “nos hemos pasado la noche bregando y no hemos logrado nada” (Lc 5, 5)

b) Testigos de Dios en medio del mundo

Somos testigos de Dios cuando salimos de nosotros mismos, cuando dejamos la montaña, donde nos hemos sentido llamados (Lc 6, 12-16) o hemos descubierto al Señor resucitado (Lc 9, 28), y “bajamos al llano”, donde nos esperan una muchedumbre de todos los países, atormentados por espíritus más o menos inmundos, que necesitan de salvación (Cf. Lc 9, 37).

Somos testigos de Dios en el mundo cuando lo que hemos visto y oído, no queda en nosotros, sino que lo anunciamos en las terrazas (Mt 10, 27), en los nuevos areópagos de nuestra cultura (como decía don Vecchi); porque “no se enciende una lámpara para esconderla en el sótano o debajo de la mesa, sino en el candelero para que alumbre a todos los que entran en casa, en esa casa común que es el mundo entero (Lc 11, 33)

Y ser testigos de Dios en medio del mundo implica otro convencimiento: No se trata de imponer la fe, sino de *proponerla*, aceptando la libertad de las personas, también de nuestros jóvenes, para aceptarla o rechazarla. Sería bueno dejar resonar en nuestra tarea pastoral, el “si quieres” de Jesús cuando cura y evangeliza.

c) Misión presidida por la gratuidad

La sociedad actual es tan sensible a reivindicar protagonismos y ganar méritos, que nos cuesta relativizar el éxito de nuestros proyectos y trabajos. Las consecuencias de semejante talante las experimentamos a diario: nos gusta que nos halaguen y pongan medallas cuando las cosas nos salen bien, y nos molestamos, incluso quedamos defraudados, cuando los resultados nos fallan o son menos de lo que esperábamos.

Ser testigos de Dios en la misión implica situarse en otra clave. Si la misión es la expresión de lo que somos, y si lo que somos y hacemos lo entendemos y experimentamos como fruto y respuesta al amor incondicional y gratuito de Dios Padre, y como servicio al Reino, es lógico que la gratuidad presida nuestra misión entre los jóvenes. “Estar contentos –decía Jesús a unos discípulos orgullosos de su

éxito pastoral- no porque se os hayan sometido los espíritus inmundos, sino porque vuestros nombres están escritos en el corazón de Dios Lc 10, 17-20).

No debemos ser dique o presa en el que se detiene o queda atrapado ese torrente de vida que son los jóvenes, sino tramo o cauce de río, por el que éstos pasan durante un tiempo, y después siguen su camino. Lo importante es que durante el tiempo que estamos con ellos, nuestro testimonio sea de tal manera coherente y significativo, que les evoque el amor del Padre y les ayude a optar por Jesucristo.

d) La tentación del abandono

Ser testigos de Dios, coherentes y audaces, no es un momento o anécdota en nuestras vidas, sino un largo camino, sometido a pruebas de todo tipo; en el que la tentación de abandono se nos presenta en cada recodo del mismo, y bajo formas muy diversas. Nuestro testimonio evangélico de Dios no es como un sello o tatuaje indeleble; experimenta el cansancio, la rutina, la falta de ilusión y creatividad.

La experiencia no es nueva, por más que el ambiente actual influya en ello; la tuvieron ya los discípulos ante la novedad y exigencia del mensaje de Jesús, viendo que se venían abajo sus perspectivas e intereses personales: "¿También vosotros queréis marcharos?" (Jn 6, 67). Para salir airosos de la tentación, habrá que creerse de verdad y hacer nuestra la experiencia del verdadero seguidor de Jesús, puesta en boca de Pedro: "Señor, y ¿a quién vamos a acudir? En tus palabras hay vida eterna..."(Jn 6, 68)

e) Con paciencia evangélica...

La experiencia personal nos dice que el fruto de nuestro testimonio no siempre está en función de la buena programación o del esfuerzo realizado, como sucede en otros campos. La consecución de resultados inmediatos y al menor costo humano posible, ha mermado nuestra capacidad de paciencia y de espera confiada en el campo pastoral. Nos olvidamos que el Reino de Dios es "como cuando un hombre siembra la simiente en la tierra; el duerme de noche y se levanta por la mañana, y la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo (Mc 4, 26s).

Nuestra prisa y precipitación en la misión puede abortar procesos en el camino de fe de los jóvenes. Lo que no significa que nos despreocupemos de su respuesta, y ante todo de la coherencia y calidad de nuestro testimonio.

Para la reflexión personal y diálogo de la comunidad

1. *¿Con qué adjetivo calificaría mi tarea educativo-evangelizadora en este momento? Esperanzada...Pesimista...Rutinaria...Creativa...Evangélica...De mínimos...Individualista...en Comunidad...Paciente...Voluntarista. Piensa en los posibles motivos*
2. *Si Dios tiene la primacía en nuestra tarea educativa-evangelizadora, ¿actúo desde la gratuidad: no me pongo medallas cuando las cosas me van bien, ni entro en crisis cuando encuentro obstáculos?*
3. *¿Qué experiencias tengo en este sentido?*

☉ Pastoral juvenil

La Misericordia del “Padre fiel y lleno de ternura”⁴¹ Consideraciones teológico-fundamentales⁴²

Santiago García Mourelo

1. Deus semper maior

La virtud de la prudencia es siempre necesaria y oportuna en muchos ámbitos de la vida, cuánto más a la hora de hablar de Dios. Por ello conviene recordar desde el inicio la debida moderación en el lenguaje sobre Él, pues el límite y la distancia entre lo que decimos sobre Dios y su misma realidad —siempre misteriosa e insondable—, es insalvable e imprescindible.

Por muy necesaria, sugerente, oportuna o relevante que sea cualquier palabra confesada sobre Él —misericordioso, en esta ocasión—, es necesario recordar aquella advertencia que K. Rahner hizo en el discurso que pronunció, con ocasión de su octogésimo cumpleaños, en la Universidad de Friburgo: «el teólogo lo es de veras, cuando no piensa tranquilamente que habla con claridad y transparencia, sino que experimenta estremecido el umbral de la analogía que existe entre el ‘sí’ y el ‘no’ al situarse en el abismo de la inefabilidad de Dios y, al mismo tiempo, la experimenta y testimonia lleno de felicidad»⁴³.

Este límite es una constante en la historia del pensamiento teológico y filosófico, y nos recuerda que cualquier enunciado sobre la realidad debe ser, a la vez, retirado, apartado, puesto entre paréntesis, tratando de salvaguardar la identidad e integridad de la realidad mencionada⁴⁴. Esta cuestión es todavía más evidente ante las

⁴¹ *Misal Romano*, Plegaria Eucarística V/c.

⁴² Artículo publicado en el número especial de “Misión joven” dedicado al año de la misericordia. El autor hace un repaso de las imágenes y palabras de la Biblia en que Dios se muestra compasivo y misericordioso, centrándose especialmente en el Dios Padre misericordioso revelado en Jesús de Nazaret.

⁴³ K. Rahner, *Sobre la inefabilidad de Dios. Experiencias de un teólogo católico*, Herder, Barcelona 2005, 25.

⁴⁴ Como muestra sobre la cuestión cabe recordar a Dionisio Areopagita, *Los nombres divinos*, Losada, Buenos Aires 2005; Agustín de Hipona, *In Ps 62*, 16 (CCL 39, 804); Tomás de Aquino, *De Veritate*, q 10 a. 12 ad 7. La confesión de Sto. Tomás al final de su vida cuando dijo: «No puedo escribir más, he visto cosas ante las cuales mis escritos son como paja», en A. Ortega, *La mística y los míticos: Del amor que*

realidades personales, que son —aun para sí mismas—, más grandes y enigmáticas que los estrechos conceptos que aplicamos sobre ellas, o, en nuestro caso, ante la identidad de Dios, que se torna excesiva y misteriosa en la pretensión de confesarla. Paradójicamente, como veremos, será la toma de conciencia de este límite la que nos permitirá, en último término, referirnos a Dios como misericordioso o, quizá con mayor precisión, comunicar la experiencia de su misericordia.

Con esta precaución de fondo, y sabiendo que algo —aunque no todo, ni bien—, podremos decir sobre Dios, comencemos acercándonos a la experiencia, tan humana como divina, de la misericordia.

2. La misericordia, hoy

Como sucede de ordinario con todas las palabras, más relevante que explicar los conceptos en sí mismos, sea describir el acontecimiento en el que los experimentamos, vengan de quien vengan, o los dirijamos a quien los dirijamos⁴⁵.

Ordinariamente, el campo semántico de la misericordia se refiere al ámbito de las relaciones interpersonales. Ni se da ni se recibe misericordia de un objeto, idea, recuerdo o deseo. Del mismo modo, no se predica de ninguno de ellos. Es una manera de calificar una relación o a alguien que, normalmente, la practica —misericordioso. Este estilo o cualidad de la relación se caracteriza por la cercanía de alguien en la desgracia o necesidad del otro. No de manera esporádica, circunstancial o coyuntural, sino realmente implicativa. Es la totalidad de la persona la que está implicada con el otro en su lucha o en su desgracia. En esta circunstancia de pobreza, de necesidad, de límite, es donde se percibe la presencia fiel y constante del otro que, o bien trata de ayudar y socorrer, o, sencillamente, de acompañar, haciéndose cargo de su dolor. Es en estos momentos cuando las relaciones alcanzan mayor hondura y cuando quedan selladas con una fidelidad que sólo el amor, en cualquiera de sus formas, puede albergar.

Pues bien, solo cuando se pasa por este tipo de experiencias, es cuando se comprende el «qué» y el «hasta dónde» de la misericordia; cuando se conoce el «quién» la practica y cuando se entiende lo que hay detrás de su etimología clásica: el corazón (*cor-cordis*) de uno —que habla de la identidad de la persona—, está, se

excede todo conocimiento, Hypatía, Barcelona 1979, 289; Concilio Lateranense IV (DH 806); E. Przywara, *Deus Semper Maior. Theologie der Exerziten*, 3 vols. Herder, Friburgo 1938-1940; *Verbum Domini*, 7. Desde el ámbito filosófico contemporáneo son sugerentes las aproximaciones de J. Derrida con el concepto de «*différance*» (J. Derrida, «La *Différance*», en ID., *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid 1998), o de J.-L. Marion con el concepto de «fenómeno saturado» (J.-L. Marion, *Siendo dado*, Síntesis, Madrid 2008).

⁴⁵ Cf. E. Falque, *Pasar Getsemaní. Angustia, sufrimiento y muerte. Lectura existencial y fenomenológica*, Sígueme, Salamanca 2013, 10.

hace presente, comparte, la miseria (*miser-miseri*) del otro, su necesidad, su dolor, su límite, por pura, gratuita y desinteresada benevolencia⁴⁶.

2.1. Déficit de misericordia

Desde aquí, desde la exigencia y las consecuencias de la misericordia, quizá se pueda entender el déficit que hoy día tenemos de ella. El signo más evidente es el profundo sentimiento de soledad que viven muchas personas —más todavía los adolescentes, jóvenes y ancianos. Todo indica que, en un significativo número de relaciones y de modos de funcionar, no se ponen en juego las condiciones de la misericordia. Quizá por miedo a «meterse» en la vida de alguien o a que alguien se nos «meta» en nuestros problemas y, después, le tengamos que deber algo. Quizá porque sabemos poco de relaciones gratuitas y generosas y estemos esperando saldar, tarde o temprano y de mil maneras, nuestras cuentas. Quizá porque estemos muy ensimismados en nuestro propio mundo y no nos demos cuenta del dolor ajeno o no queramos complicarnos la vida. Quizá porque nos conformemos con acciones puntualmente solidarias que se convierten en «pseudoexperiencias misericordiosas», aparentemente capaces de acallar nuestra conciencia. Quizá porque, en esta cultura pragmática, nos creamos inútiles porque aspiremos a resolver los problemas de los demás y no lo conseguimos, olvidando el valor de la simple y llana compañía. Quizá porque hayamos perdido la esperanza que nos mueva a decir a otros: «tranquilo, no estás solo», «de ésta, saldremos adelante» o «me tienes incondicionalmente»⁴⁷.

En este contexto, no único ni universal, pero sí significativo, ¿qué nos quiere decir Dios? ¿Qué podemos decir quienes nos consideramos creyentes? ¿Acaso el Dios que confesamos se muestra silencioso e impotente en estas situaciones? ¿Acaso no tiene, por nuestro medio, nada que aportar? ¿Acaso no es esta una realidad que hay que denunciar y provocar, proponiendo actitudes que abran brecha para una posterior experiencia de Dios? Quizá, acercándonos a lo que Dios ha dicho de sí mismo, seamos capaces de encontrar claves que nos orienten, tanto a practicar la misericordia según su modo y manera, como a acercar a otros al Dios fiel y misericordioso que confesamos.

2.2. La miseria, lugar de Dios

Antes de detenernos en el testimonio de la Escritura, donde Dios se dice a sí mismo desde su autodonación en la Historia de Salvación de su pueblo —la humanidad entera—, creo que es interesante caer en la cuenta de lo siguiente. El hecho de encontrar en ambos Testamentos el testimonio de la acción misericordiosa de Dios es realmente iluminador, maravilloso y esperanzador, porque ello significa que hay quienes, en las situaciones más dolorosas que llevan al límite de la vida y de la fe, en

⁴⁶ Otras aproximaciones en la reciente obra de referencia sobre el tema: W. Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida del cristiano*, Sal Terrae, Santander 2013, 11-46.

⁴⁷ Cf. otras exigencias sobre la urgencia de la misericordia y una presentación general del tema, en Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, Paulinas, Madrid 1980.

las situaciones en las que es más difícil encontrar cercano a Dios, lo han experimentado fiel y eficazmente presente.

Lo que indica que, si bien es cierto que podemos dudar filosóficamente de la existencia de Dios y poner en cuestión nuestras proyecciones sobre él, resulta innegable que hay quienes lo han percibido misericordiosamente presente. No de forma lógica y argumentativa, sino precisamente en la «piedra de toque» de la existencia de Dios: en el dolor, en el sufrimiento, en la necesidad, en el límite. La presencia de Dios, ahí experimentada, es la que denominamos como misericordiosa y por ella podemos decir que es «rico en misericordia», pues no ha dejado de revelarse incluso en las situaciones adversas que pueden bloquear —y así les sucede a muchos hoy— nuestra capacidad de acogida de la revelación⁴⁸. Por eso, sorprendentemente, quizá estemos ante una de las vías, no de la demostración de la existencia de Dios, cuanto de la apertura a su experiencia. Al fin y al cabo, confesar la misericordia de Dios es indicar un aspecto, una situación, un perfil, si se quiere, de la omnipresencia velada de Dios, en el que «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28). ¿A dónde, pues, iremos lejos de su espíritu, a dónde huiremos lejos de su rostro? (cf. Sal 138,7).

3. El Dios de la Escritura, un «Dios, rico en misericordia» (Ef 2,4)

3.1. El Dios de Jesús de Nazaret

A la hora de recordar someramente algunos rasgos de la misericordia divina en el Antiguo Testamento (AT), conviene recordar e iluminar, una vieja y continuada polémica en ámbitos teológicos y en la vida cotidiana de muchos creyentes: ¿Es el Dios del Antiguo Testamento el mismo que el del Nuevo?⁴⁹

Muchos ven en el primero a un ser vengativo y cruel que hay que desechar y poner entre paréntesis, para quedarse con el revelado en Jesucristo, que es identificado como el Amor (1Jn 4,8.16). Plantear tales rupturas es signo de un desconocimiento de la Escritura y de una visión de la pedagogía divina poco ajustada a la historia de la revelación. Si bien es cierto que Dios, en Jesús, se revela en una plenitud no alcanzada antes, desplegando rasgos de su identidad en la humanidad del Hijo, también lo es que estos rasgos encarnados fueron preanunciados en la revelación veterotestamentaria (cf. *Dei Verbum*, 16; *Verbum Domini*, 40-41). Antes de la encarnación, Dios «dijo», y por medio de otros, «hizo». En cambio, en Cristo se nos revela la «verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana», siendo «a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación» (*Dei Verbum*, 2). La novedad está, por tanto, en la misma encarnación y, quizá, no tanto en los atributos de Dios. Por otra parte, la tradición que Jesús recibió sobre Dios fue la transmitida en la Torá.

⁴⁸ Sobre los bloqueos para acoger la revelación, cf. M. P. Gallagher, *El evangelio en la cultura actual. Un frescor que sorprende*, Sal Terrae, Santander 2014, 41.

⁴⁹ La polémica se inició en el s. I-II con Marción y tuvo ecos en Lutero (s. XVI) y A. von Harnack (s. XX). Cf. Á. Cordovilla, *El misterio de Dios trinitario*, BAC, Madrid 2012, 95-115.

Los conceptos, las imágenes, los rasgos de Dios que él encarnó de maneja plena y purificadora, no fueron completamente distintos de los revelados anteriormente en el canon del AT que él tenía como referencia⁵⁰. Así pues, como hijo de su tiempo, aun subrayando la plenitud novedosa en él revelada, Jesús no tuvo otro Dios que el de Abraham, de Isaac y de Jacob (cf. Hch 3,13)⁵¹.

«Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel» (Ex 34,7)

Para referirse a la experiencia de la misericordia de Dios y, por ende, a Dios como misericordioso, son abundantes las referencias en el AT⁵². Sin ánimo de entrar exhaustivamente en ellas, uno de los textos más ilustrativos sobre este tema, y más antiguos del libro del Éxodo, es el llamado «credo de adjetivos», donde se condensan los diferentes términos del campo semántico de la misericordia, así como la ambivalencia de la justicia divina⁵³:

«⁶El Señor, el Señor: un Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel;⁷ que mantiene su amor eternamente, que perdona la iniquidad, la maldad y el pecado; pero que no los deja impunes, sino que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generación» (Ex 34,6-7).

Si bien la traducción del versículo 6 es ya significativa, conviene detenernos en la raíz de tres palabras hebreas que están detrás de estos términos: clemente (*rḥm*), lleno de amor (*ḥsd*) y fiel (*'mth*). Quizá estas sean las palabras que saturan la imaginación y el discurso de Israel sobre Dios y nos ayuden a vislumbrar la experiencia que latía detrás de quienes le confesaron como misericordioso⁵⁴.

El primero de ellos tiene de fondo la raíz *rḥm*, cuyo primer significado es el de vísceras o entrañas y, en singular, seno materno. Con él se describe la sede de los sentimientos y, cuando se utiliza en sentido metafórico, indica el sentimiento íntimo y profundo que liga a dos personas por lazos de sangre. Por ello es un sentimiento espontáneo y natural. Lo significativo es que cuatro quintas partes de los textos en los que aparece, tienen a Dios como sujeto, indicando los momentos en los que Dios

⁵⁰ En palabras de Gregorio Magno, todo lo que «el Antiguo Testamento ha prometido, el Nuevo Testamento lo ha cumplido; lo que aquél anunciaba de manera oculta, éste lo proclama abiertamente como presente. Por eso, el Antiguo Testamento es profecía del Nuevo Testamento; y el mejor comentario al Antiguo Testamento es el Nuevo Testamento» (*Homiliae in Ezechielem*, I, VI, 15).

⁵¹ Sobre este aspecto son inspiradoras las reflexiones de B. S. Childs, *Teología bíblica del Antiguo y del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 2011, 365-388.

⁵² Cf. H. J. Stoebe, «mhr *rḥm* tener misericordia», en E. Jenni-C. Westermann, *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1978, 947-966.

⁵³ Cf. W. Brueggemann, *Teología del Antiguo Testamento. Un juicio a Yahvé. Testimonio. Disputa. Defensa*, Sígueme, Salamanca 2007, 235-250.

⁵⁴ Los otros dos adjetivos se mueven en la misma órbita semántica pero son menos relevantes: *ḥnn* (compasivo) que significa mostrar gracia, ser clemente (cf. Ex 33,19; Is 27,11; Sal 102,18) y *'rk'ppym* (paciente). Literalmente, «que posee amplias narices», rasgo que permite que la ira y la cólera de Dios se enfríen antes de amenazar a Israel.

establece, o restablece, la relación de comunión (*bērit*) con Israel. Es decir, nos encontramos ante un atributo especialmente referido a Dios.

Desde este núcleo íntimo, *cuasi*-carnal, la misma confesión nos lleva a la raíz *ḥsd* (lleno de amor), que se aplica a un rasgo más genérico, no tan impulsivo, que puede tener diversas manifestaciones (compasión, perdón, etc.): la bondad o benevolencia. Esta, no nace de un sentimiento espontáneo, sino de una deliberación consciente.

Desde aquí se observa que la benevolencia divina tiene como fundamento la fidelidad (*'mth*) a un compromiso que, en este caso, tiene relación directa con la Alianza (*bērit*). Esta fidelidad, en la Escritura, generalmente se refiere a la firmeza de las palabras y acciones divinas, y se muestra como el fundamento de un amor que trasciende todas las explicaciones.

Este condensado mosaico léxico nos muestra el fundamento, el origen y el modo de relación de Dios con su pueblo: por la Alianza sellada de modo unilateral, Dios, fiel y lleno de amor, renovó desde sus entrañas el compromiso adquirido.

Con todo, como sugiere la segunda parte del versículo 7, estos términos y esta persistente voluntad amorosa que llega a perdonar (*'ns*) toda iniquidad (*'wn*), transgresión y pecado, no minimizan el celo y la exigencia requerida por un Dios comprometido que no deja impune (*nqh*) y castiga (*pqd*).

Sin pretender eliminar la paradoja, expresión del insondable misterio de Dios, anotamos que la iniquidad castigada en el v. 7b (*'wn*) es la eternamente perdonada en el v. 7a —literalmente, «por mil generaciones». Su castigo, sin negarlo, es pues mucho más corto en la historia que su eterna bondad (*ḥsd*). Por otra parte, ambas afirmaciones mantienen una tensión necesaria y «evidente»: Dios se manifiesta como un Dios entregado incondicionalmente *pro nobis*, cuya libertad no queda domesticada, ni siquiera, por su fidelidad. En otras palabras, la incondicionalidad no está referida a la respuesta que se le deba dar y que Dios exige, cuanto a que no necesita de ninguna respuesta determinada para seguir siendo fiel. De ahí que siga caminando con Israel, en dirección a Canaán, llevando consigo, integrando, asumiendo el pecado de su pueblo⁵⁵.

3.2. Dios misericordioso revelado en la misericordia del Hijo

Retomando la relación antes mencionada entre el Antiguo y Nuevo Testamento, en los evangelios asistimos a la prolongación de la misericordia de Dios descrita en el AT, ahora en la novedad de la encarnación del Hijo. En el cántico de Zacarías (Lc 1,68-79) podemos ver este movimiento de continuidad–discontinuidad, en primer término, porque la encarnación es revelación de la misericordia del Padre; ella es su motivo y su causa: «Por la entrañable (*σπλάγχνα*) misericordia (*ἐλέους*) de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto» (v. 78). En segundo lugar, porque el Hijo

⁵⁵ Cf. E. Sanz Giménez-Rico, *Cercanía del Dios distante: imagen de Dios en el libro del Éxodo*, U. P. Comillas, Madrid 2002, 390-409.

tiene como misión principal el ejercicio activo de la misericordia: «iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte» y «guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (v. 79)⁵⁶. Así, podemos contemplar en Jesús, tanto la acción misericordiosa del Padre sobre él (encarnación, oración, resurrección), como en las palabras y acciones hacia sus contemporáneos (curaciones, resucitaciones, exorcismos, comidas, diálogos, parábolas, instrucciones).

Por eso, como vía para la reflexión teológica y la acción pastoral, cabría señalar la misericordia como una manifestación más de la filiación divina de Jesús, más allá de ser un componente de la ética cristiana.

Desde la comprensión sociológica de la Palestina del s. I, la imitación del padre —*imitatio patris*—, era el marco común de comprensión de las relaciones paterno-filiales. Así, el padre enseñaba su oficio y le ofrecía protección, y el hijo acogía tales enseñanzas, debiendo prolongar su tarea en la ausencia del padre⁵⁷. Desde aquí, la misericordia puede ser un elemento más que prolonga y manifiesta la relación de Jesús con Dios como *Abbâ*, en la medida en que Jesús, teniendo a Dios como Padre, aprendió de él el «oficio» de la misericordia y la puso por obra. No en vano, esa referencia a lo aprendido del Padre, la amplía Jesús en su predicación al invitar a otros a su imitación filial: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36). Sin forzar el texto, y recordando su redacción postpascual, podemos decir que en esta exhortación a la imitación del Padre misericordioso, Jesús hace participar «adoptivamente» de su misma filiación⁵⁸.

Jesucristo, «imagen del Dios invisible» (Col 1,15)

Si bien en la misericordia de Jesús encontramos una manifestación de la relación personal, filial, —*hipostática*—, entre Dios y su Hijo, es también en ella donde encontramos la realización concreta de la quinta bienaventuranza de Mateo: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (5,7). Por eso, queriendo encontrar los caminos de la bienaventuranza, nos detenemos ahora en cuatro manifestaciones de la misericordia divina en Jesús⁵⁹.

⁵⁶ A parte de los argumentos teológicos, existe una continuidad semántica, pues en este primer capítulo de Lucas, detrás de todas las referencias a la misericordia (evle,ouj), siempre se encuentra el término veterotestamentario *hsd*, al que hemos hecho referencia al hablar del AT. (Cf. F. Staudinger, «evlee,w», en H. Balz-G. Schneider (Dirs.), *Diccionario exegético del nuevo Testamento*, vol. I, Sígueme, Salamanca 1998, 1315). Junto a ello, no es despreciable ni coyuntural la referencia a las entrañas (spla,gcna), estudiadas con la raíz *rh̄m*. Estas y otras conexiones semánticas en: H.-H. Esser, «Misericordia», en L. Coenen-E. Beyreuther-H. Bietenhard (Dirs.), *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, t. II, Sígueme, Salamanca ⁵2004, 99-106.

⁵⁷ Cf. S. Guijarro, «Dios Padre en la actuación de Jesús», en: Varios, *Dios Padre envió al mundo a su Hijo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2000, 15-51.

⁵⁸ Otras referencias a la común paternidad de Dios en: Mc 11,25; Mt 5,16.45.48; 6,1-34; 7,11; 10,20.29; 18,14; Lc 12,30-32.

⁵⁹ Una perspectiva bíblica la encontramos en: J. J. Bartolomé, «A causa de las entrañas de misericordia de nuestro Dios»: *Misión Joven* 333 (2004) 5-14.

- **A Jesús le piden misericordia:** Es singular el número elevado de curaciones de Jesús posteriores a la petición de la misericordia. De manera más o menos desesperada, reconociendo a Jesús como hijo de David o como Señor, siendo judíos o paganos, encontramos que a Jesús le piden su misericordia, entendida esta como un restablecimiento de la salud física, social y religiosa (Mc 10,46-52; Lc 17,13; 18, 38; Mt 9,27; 15,22; 17,15; 20,30s.). Cuando esta petición se hace con fe, Jesús ejerce su misericordia y se realiza lo apuntado en el signo —la salvación⁶⁰.
- **Jesús reconoce su misericordia:** Pese a realizar un buen número de acciones misericordiosas, solo en una de ellas Jesús la reconoce como tal. Es en el exorcismo del endemoniado de Gerasa (Mc 5,1-20). En esta ocasión, en tierra de gentiles, Jesús vuelve a ser asaltado, aunque su misericordia no es requerida. Tras un diálogo el hombre queda liberado y, entonces, viene el giro inesperado en el encuentro. Ante la petición del geraseno de convertirse en discípulo, Jesús le instituye en mensajero de la misericordia divina: «Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido misericordia de ti» (Mc 5,19).
- **Jesús habla del Padre misericordioso:** Si hay algún lugar en los evangelios en el que podemos encontrar el testimonio de Jesús sobre el Padre misericordioso, es en el evangelio de Lucas. No en vano fue llamado por Dante el «escritor de la ternura de Cristo» —*scriba mansuetudinis Christi*— (*De Monarchia*, I, 16, 2). Es en el capítulo quince del evangelio donde encontramos las tres parábolas de la misericordia⁶¹: la oveja perdida (v. 3-7), la moneda perdida (v. 8-10) y el hijo perdido (v. 11-31), que son encontrados por sus «dueños», provocando gran alegría en ellos. En las tres parábolas es Dios quien se alegra de recuperar lo extraviado, no infringiendo ningún castigo a quien lo pudiera merecer. Con el abrazo paterno se manifiesta la misericordia de Dios que tiene como consecuencia la alegría y la fiesta. En ellas se expresa y se comparte la suerte de los tres afortunados que recuperaron lo que les pertenecía y habían extraviado. Lo significativo de las tres parábolas, aparte de lo dicho, son sus destinatarios: «Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: 'Ese acoge a los pecadores y come con ellos'» (v. 1-2). A todos ellos Jesús les cuenta estas parábolas identificando su obrar con el de Dios. Si él comparte tiempo y sabiduría con publicanos y pecadores, es porque su obrar refleja el del Padre, que no tiene en cuenta los pecados de sus hijos cuando se reencuentran con él.

⁶⁰ Por la fe son posibles los signos (milagros) de Jesús, es el camino básico de los sinópticos, siendo el inverso el trazado en el evangelio de Juan: son los signos de Jesús los que provocan la fe.

⁶¹ El estudio sobre este capítulo de Lucas, que recoge y sintetiza los estudios previos más significativos, lo encontramos en: E. Sanz Giménez-Rico, *Profetas de misericordia*, San Pablo-U. P. Comillas, Madrid 2007, 185-221.

- **Jesús invita a practicar la misericordia:** Si bien la bienaventuranza de Mateo marca el objetivo: «...los misericordiosos [...] alcanzarán misericordia», y en el capítulo 6 de Lucas, el objetivo se convierte en imperativo: «sed misericordiosos...», cuatro capítulos más adelante (Lc 10,25-37), Jesús enlaza la práctica de la misericordia con la pretensión de alcanzar la vida eterna. Linealmente el encuentro y las ideas se suceden así: «¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» (v. 25), «amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo» (v. 27). «¿Y quién es mi prójimo?» (v.28), «el que practicó la misericordia con él» (v.37).

Lo significativo para nuestro caso son dos cuestiones. Como en Lc 15, la parábola es explicada a un maestro de la Ley con un ejemplo escandaloso —un samaritano—, que, a ojos del resto de judíos, llevaban una vida religiosa poco ejemplar. Paradójicamente, Jesús invita a identificar la proximidad —el ser prójimo—, con la práctica de la misericordia del samaritano, exhortando a hacer lo mismo que él: «Anda y haz tú lo mismo» (v. 37).

Desde el mosaico descrito, vemos que la misericordia es un punto nuclear donde coinciden —*co-incidir*: llegar o caer en el mismo lugar—, elementos centrales de la vida cristiana: la paternidad de Dios hacia Jesús y su filiación singular, la extensión de dicha paternidad hacia sus hijos adoptivos, el contenido en la imitación de Dios y el camino concreto en el seguimiento de Jesucristo que lleva a la vida eterna, el modo y la manera de comportarse como prójimo, el motivo del testimonio y, por último, la petición en la oración: «Señor, ten misericordia de mi». Constatando estas convergencias, no sería un entretenimiento superfluo revisar cuánto de misericordia hay en nuestra confesión de fe, cuánto en nuestras propuestas pastorales, cuánto en las relaciones con los de dentro y los de fuera de la comunidad cristiana, cuánto en nuestras valoraciones y juicios, cuánto en nuestra relación con Dios, cuánto en nuestro testimonio, etc.

4. Kyrie Eléison: la misericordia en los primeros cristianos

Para concluir esta mirada a lo que Dios ha dicho de sí mismo en la revelación, sería un error no prolongar el testimonio de la Escritura en los primeros albores de la Iglesia naciente. Al fin y al cabo, Escritura y Tradición son los dos lugares propios donde acontece su revelación. Nos quedaríamos cojos si nos quedásemos sólo con la Escritura, aunque sea central, nuclear, primera..., pues ella misma da pie para seguir auscultando la revelación de Dios, más allá de sí, en los frutos del Espíritu del Resucitado: la vida de las primeras comunidades y sus posteriores desarrollos.

Así pues, siguiendo el testimonio de la Tradición y, en ella, el de los Padres de la Iglesia, en algunos casos coetáneos a la Escritura, encontramos la primera Carta de Clemente con numerosas referencias a la misericordia divina (*IClem* 9.14.20.28.50) o exhortaciones a su práctica: «Tened misericordia, y recibiréis misericordia;

perdonad, y seréis perdonados. Lo que hagáis, os lo harán a vosotros. Según deis, os será dado. Según juzguéis, seréis juzgados. Según mostréis misericordia, se os mostrará misericordia» (*IClem 13*)⁶².

Otra cristalización de la inquietud por la misericordia divina la encontramos en las celebraciones litúrgicas de los primeros siglos en la fórmula, hoy también presente, *Kyrie eléison*,⁶³ «Señor, ten piedad», petición que evoca las realizadas a Jesús en los evangelios para ejercer su misericordia. Así era —y es—, en la oración de las letanías, como las asambleas polarizaban su atención hacia la misericordia divina⁶⁴. Otros muchos testimonios cabría indicar aquí, como la introducción de la praxis penitencial ante los cristianos que, habiendo declarado su apostasía, querían reintegrarse —*lapsi*— (s. III) a la Iglesia, pero entraríamos en el tema del siguiente artículo de la revista, «Una Iglesia misericordiosa». Dejándole el testigo a su autor, quisiera cerrar estas líneas con una conclusión apuntada con anterioridad y constatada en el desarrollo que hemos elaborado.

5. «¡Qué cercano está Dios de quien confiesa su misericordia!» (San Agustín)

Comenzábamos estas líneas recordando la distancia por exceso, sobreabundancia y desemejanza, entre Dios y sus criaturas. Desemejanza que podía complicar cualquier palabra dicha sobre él. Con todo, afinando la mirada, es ésta desemejanza la que nos permite hacer experiencia de la misericordia de Dios. La misericordia, como se ha venido señalando, no es otra cosa que la presencia salvadora de Dios en la indigencia humana. Indigencia que no solo se manifiesta en situaciones y circunstancias, sino que nos constituye, pues somos seres necesitados e incompletos, con una herida esencial que nos lleva al umbral donde limitan nuestro ser y Dios mismo⁶⁵. Tomar conciencia de este límite, que es nuestra humanidad y confesar a un Dios que en ella nos visita, es llamarle ya misericordioso. Por ella, por esta misericordia que ha tenido con nosotros, es por la que podemos decir algo sobre él. En ella, podríamos decir, llevando las palabras al exceso, Dios ha tendido un puente para asemejársenos en la diferencia. Un puente que es su misericordia. Él mismo. En palabras de Agustín: «¡Qué cercano está Dios de quien confiesa su misericordia!» (*Serm. 112A*, 5).

⁶² Cf. otros testimonios en Ireneo (*Dem.*), Tertuliano (*Paen.*), Cipriano (*Laps.*), Ambrosio (*In Ps. 118*), Agustín (*Civ. Dei*) y más tarde, Anselmo (*Prosl.*), Tomás de Aquino (*Sum. Theo.*).

⁶³ *eléison* es el imperativo de *evle,ouj*, que significa tener piedad, benevolencia, misericordia. Como hemos señalado, tiene el trasfondo de la raíz hebrea *hsd*.

⁶⁴ Cf. Juan Crisóstomo, *Hom. in Mt. 71*, 4.

⁶⁵ Sobre esta condición de apertura al Misterio, cf. P. Rodríguez Panizo, *La herida esencial. Consideraciones de Teología Fundamental para una mistagogía*, San Pablo-U. P. Comillas, Madrid 2013.

Hacia una reorganización de centros propios *[quinta parte]*

José Carlos Bermejo⁶⁶

III. Pronóstico: auspicio

Si no seguimos la terapia, es probable que el paciente muera con dolor; o que no sane de las patologías diagnosticadas. Si es que debe vivir aún, deberá vivir con patologías crónicas.

Sobre el futuro del liderazgo carismático en las obras propias, sería muy útil y oportuno ponernos ante nuestra propia organización, con la voluntad de esclarecer cuál es nuestra *misión* y cuál nuestra *visión* actual que tenemos sobre ella.

El elemento constitutivo de la existencia de nuestros institutos encontrará una expresión clara en la descripción de la misión y de la visión. La misión, es decir, ese conjunto de objetivos finales, que concurren a determinar las principales decisiones y transformaciones internas de cada congregación, y a la organización de su apostolado. Y la visión, es decir, la representación del futuro, en pro del cual valga la pena empeñarse y arriesgar, porque el objetivo que se debe alcanzar determinará el estilo, la mentalidad, los criterios adoptados en las decisiones y la cultura organizativa.

Así, la misión fundamental de nuestras obras será la de testimoniar al mundo el amor siempre presente de Cristo a los enfermos. Y, por lo que respecta a la visión, para ser creativos tenemos que actualizarla, o sea ser fieles a nuestra misión. Si tomamos los fármacos con responsabilidad, podremos soñar con un futuro de *partnership* en nuestro liderazgo de obras asistenciales y pastoral de la salud. El carisma se mantendrá vivo si logramos transformarlo en riqueza relacional para que así pueda brindar criterios para la lectura de la historia, compartidos entre religiosos y seculares, en clave de historia de la salvación. En el futuro, los actualmente conocidos con el nombre de colaboradores serán los protagonistas, los líderes, los fundadores y los arquitectos de muchas nuevas iniciativas hospitalarias... Por tanto

⁶⁶ Publicamos la quinta parte del capítulo cuarto de su libro *Envejecimiento en la vida religiosa*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

la pregunta más importante es: ¿cómo mantener viva la ética, la filosofía, la historia y los valores en el futuro?

El paso augurado debe orientarse hacia el desarrollo de una *cultura* en la que la responsabilidad, sobre sí y sobre las actividades realizadas, esté ampliamente compartida por todos los protagonistas. La palabra “cultura” evoca procesos que exigen tiempo de difusión, hasta cuando se los puede considerar una mentalidad habitual.⁶² Describe un proceso de cambio que implica pasar de una sensibilidad que une autoridad y responsabilidad real, no solo moral, asignada a unos pocos, a una actitud mental en que dichos elementos se encuentran normalmente en todos los miembros de la Organización.

En el actual cuadro institucional, es oportuno hablar de un desarrollo de *responsabilidades* por parte de los religiosos, dentro de los institutos y de las organizaciones o grupos de seculares con los que estamos relacionados, para crear la base cultural necesaria para nuevos pasos, más adecuados a los ideales de comunión y de los modelos de responsabilidad compartida.

Un mañana -y en algunos contextos hoy mismo-, la común responsabilidad de la misión de religiosos y seculares podrá encontrar formas organizativas, en las que el criterio de propiedad privada (del carisma, de nuestras obras, de los proyectos, etc...) ceda su lugar a una mayor visibilidad del carácter de comunión de una comunidad cristiana, que asume un problema en su territorio. La misión como comunidad religiosa, es decir, el elemento específico que la distingue, constituye el rasgo *simbólico existencial* que la comunidad ofrece a la misión de la Iglesia no tanto con sus obras o acciones, sino especialmente con su ser carismático⁶⁷. En otras palabras, y según Tillard, “los religiosos apoyan la misión de la Iglesia con su propia condición de ser religioso”⁶⁸. Es nuestra condición de religiosos lo que define nuestra misión, no el *hacer*. ¿Cuál es entonces nuestra condición, nuestro ser? La respuesta es: *el carisma de la vida religiosa recibido para vivir consagrados*, a Dios en el servicio, es decir, el estilo de la dinámica inspirada por el Espíritu que nos lleva a servir al Señor en el enfermo, en el pobre, etc. (cf. Mt 25,40). Los religiosos consagrados tienen, como miembros del Pueblo de Dios, la misma misión que los demás miembros de la Iglesia⁶⁹ de seguir a Jesús, que recorría “todos los pueblos y aldeas anunciando la buena noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias” (Mt 9,35).

En este sentido, el concilio Vaticano II pide a los religiosos que sean *signo*, no solo por las tareas apostólicas que desempeñan, sino especialmente por lo que son, por su modo de vivir y de entender la vida y de organizarla. “Así, pues, la profesión de los consejos evangélicos aparece como un símbolo que puede y debe atraer eficazmente

⁶⁷ FASANO, C., *Opera o persona? Un nuovo paradigma organizzativo della vita consacrata*, Milán: Ancora (2005) 20.

⁶⁸ TILLARD, J.MR., *El proyecto de vida de los religiosos*, Madrid, (1974) 377.

⁶⁹ “Hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión” (AA 2).

a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana” (LG 44).

El aspecto específico de la misión de la comunidad religiosa es su aportación como *símbolo existencial*, como *parábola* que propone una “verdadera anormalidad”⁷⁰, mejor aún, “una exageración profética”⁷¹ de los valores contenidos en los consejos evangélicos. Como símbolo existencial, la vida religiosa tiene “la función de provocar una actitud diferente, de acogida, de participación integral del sujeto, de aceptación de sus dinanismos internos y, al propio tiempo, de ‘relectura’ de la experiencia y de la realidad de las cosas”⁷². La vida religiosa quiere ser un símbolo que comunica un mensaje y despliega una identidad: la de la identificación con Jesús de Nazaret, cuya memoria se nos ofrece evocada simbólicamente en la vida del consagrado, y ésta se convierte en mediación, puente y llamada del Reino. El carisma de la vida religiosa es para el consagrado una experiencia “que genera una novedad de vida que transforma a quien le recibe y le modela”⁷³. “La reestructuración de institutos, comunidades y obras no debe ser entendida solamente como un cambio de estructuras o un replanteamiento, sino como una “re-significación” carismática de la presencia de los religiosos entre la gente, entre los pobres y quien ha perdido la esperanza”⁷⁴.

Por nuestra parte, los religiosos tendríamos que aprender a escuchar a los seglares⁷⁵, y a liberarnos de nuestros temores porque no tenemos nada que defender, y sí mucho que compartir. Si abrimos de par en par los horizontes y dejamos que entre un poco de aire fresco a nuestra casa, podemos respirar profundamente. Si sabemos hacernos permeables, dóciles al soplo del Espíritu y a sus mediaciones, que acogeremos con sencillez y humildad, la vida de los carismas que han provocado el nacimiento de las Congregaciones tendrá futuro. Y vete a saber si no está ya soplando y diciéndonos: “De nuevo, es la hora de la verdad, libraos de la artillería moral tradicional (hábitos) e id al corazón, al Evangelio de Jesús, para inspirar la cotidianeidad de esta forma de vida que habéis inventado”.

Deseo que demos con esas nuevas formas de comunión en la gestión del carisma, que nos ayudemos más a crecer espiritualmente, que estemos más presentes en las sociedades científicas que trabajan en ámbitos sanitarios, mucho más solidarios, y

⁷⁰ GARCÍA PAREDES, J.C.R., en: AAW., *Presencia y misión. Vida religiosa a Iglesia particular*, Madrid: Publicaciones claretianas (1994) 51.

⁷¹ Íd. 167.

⁷² ÁLVAREZ, F., “La nuova evangelizzazione nel mondo della salute. Prospettive religioso-pastorali”, en: AAW., *La vita consacrata nel mondo della salute*, Roma: Quaderni del Camillianum, 4 (1993) 54.

⁷³ ÁLVAREZ, F., “La nuova evangelizzazione nel mondo della salute. Prospettive religioso-pastorali”, en: AAVV., *La vita consacrata nel mondo della salute*, Roma: Quaderni del Camillianum, 4 (1993) 56.

⁷⁴ DEL CORE, P., “Vida religiosa y cambio: la reorganización de los institutos”, en: *Vida religiosa*, 4 (2010) 18.

⁷⁵ MONKS, R., “Prospettive e obiettivi della collaborazione religiosi-laici”, en: *Camilliani, informazioni e studi*, Roma (1995), n. 82, 617ss.

no en competencia con los grupos de seculares que trabajan en el mundo de la salud; o con los políticos que buscan la salud del ser humano; y que en nuestro crecimiento personal, e incluso en el conocimiento del carisma y del Fundador/a, nos dejemos ayudar por los seculares, y que contribuyamos a definir, conjuntamente, la *visión* de nuestros proyectos y de nuestras obras. Así rendiremos *justicia* a la naturaleza misma de la Iglesia y a la realidad del mundo de la salud, donde los seculares -especialmente las mujeres- son sus protagonistas.

Estamos llamados especialmente al “ars moriendi” carismático propio de la vida religiosa, no como expresión de resignación individual y colectiva -del grupo, de una institución asistencial, de una provincia...-, sino como signo viviente del mismo Espíritu que nos lleva a las renunciaciones y no concentra las energías en la conservación de sí mismos, ni individualmente ni como institución⁷⁶, con una fe atenta a las novedades que el Espíritu hará que rebroten. La evidente pérdida de protagonismo de los religiosos en el mundo de la salud⁷⁷ nos debe llevar a nuevas formas de presencia evangelizadora.

Existe un riesgo de encarnizamiento terapéutico institucional. Los intentos de reestructuración, reorganización... son aproximaciones parciales que producen experiencias de desmotivación, falta de esperanza, individualismo, problemáticas relacionales y afectivas. La lógica de la cantidad y del cálculo que va caracterizando el proceso de reestructuración, parece bloquear también procesos de cambio y de creatividad.

Me ha sorprendido el planteamiento de Cristo Rey García Paredes al afirmar: “Hay que evitar abortos y eutanasias. Esa es la responsabilidad que cabe a nuestra generación. Los institutos de vida religiosa necesitan, por tanto, que la Iglesia, defensora de la vida, defiendan también su vida y no se muestre -como desgraciadamente acontece en algunas personas de nuestro tiempo- despreciativa e incluso pronostique demasiado precipitadamente -con un cierto sentimiento complaciente- su muerte”⁷⁸. Y añade: “Cuando un instituto envejece, entra en crisis, no se regenera, se plantea qué hacer para salir del caos. Se espera de los superiores que no se resignen a la muerte anunciada y busquen las soluciones más adecuadas. Una de las soluciones a las que más se recurre en nuestro tiempo es la revisión de organismos, la reducción o la fusión. Se espera de estos procesos de reunificación, re-estructuración o re-organización, una solución a la crisis. Es probable que estas iniciativas sean, en última instancia, cuidados paliativos, que no consigan la regeneración deseada”⁷⁹. Pero añade: “Que un instituto muera, después de haber recorrido un itinerario carismático fecundo y fiel, no es una desgracia. El Dios de la

⁷⁶ METZ, J.B., *Las órdenes religiosas. Su misión en un futuro próximo como testimonio vivo del seguimiento de Cristo*, Barcelona: Herder (1988) 25-26.

⁷⁷ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE LA SALUD, *I religiosi nel mondo della sofferenza e della salute*, Roma (1987) 21-22.

⁷⁸ GARCÍA PAREDES, J.C.R., “Del fuego de los orígenes al arte de renacer”, en: *Vida religiosa* 4/2010, p. 34.

⁷⁹ Íd. 36.

historia y de la vida determina tanto el inicio como el final. Hay casos en los cuales lo más responsable ante Dios es vivir el fin desde el “ars moriendi charismatica”. Jesús mismo nos lo enseñó cuando nos dijo: “Os conviene que yo me vaya...” Tornando de nuevo a decir que “puede ocurrir que no sea voluntad de Dios el fin del instituto, sino su refundación en un tiempo nuevo. En este caso, el Espíritu Santo adquirirá un nuevo protagonismo: alentaré sobre los huesos secos y resucitaré lo que está muriéndose. (...) No hay que resignarse a la muerte”⁸⁰.

Quiero pensar con Arnáiz que todo nos indica que no estamos abocados a la desaparición de la vida religiosa. Sí creo que desaparecerán determinadas formas de vivirla y se “evaporarán” congregaciones que están en riesgo de desaparecer. ¿Cuáles son las previsiones de sobre el futuro de los institutos religiosos? Esta pregunta no puede faltar, pero “bien sabemos que hacer previsiones, sobre todo a largo plazo, es una de las formas más seguras de equivocarse”⁸¹. “Algunas instituciones morirán y otras, quizás sería mejor que no hubieran nacido, puesto que lo hicieron muertas, con poco carisma, con poco vino nuevo y desde luego odre adecuado, proyecto original y tarea significativa y en ocasiones hasta nombre original”⁸².

Son elocuentes las palabras de la Hna. Marlene Weisenbeck en su discurso de despedida al terminar su periodo presidencial en la Conferencia de Líderes de Mujeres Religiosas de Estados Unidos en agosto de 2010: “Esperamos con esperanza inquebrantable. Nos hemos sentido temblar con los constantes cuestionamientos de la Iglesia y con las asesorías canónicas, impactadas con los movimientos planetarios en Haití y en Chile, Turquía y México, con el derrame del petróleo en el Golfo, con los deslizamientos de la tierra en china, preocupadas por las noticias sobre abusos sexuales en el mundo, sin mencionar los movimientos que produjo la reforma de salud en nuestro país y en nuestra Iglesia. En medio de la inquietud sistémica generada por estos eventos explosivos, nos hemos hecho un llamado a la esperanza en medio de la oscuridad... Debemos ser testigos de esperanza para el mundo como profetas, artistas, sanadoras y amantes. Profetas, artistas, sanadores y amantes... Ahora es mañana”⁸³. “Hemos perdido mucha fuerza en el proceso de renovación. Pero hemos ganado mucha libertad. Todo parece indicar que Dios quiere todavía más pobres nuestras presencias, más cercanas nuestras estructuras, más sinceras nuestras propuestas”⁸⁴. Cuando dentro de unos siglos se hable de nosotros, quizás se dirá que fuimos personas que hicimos una transición de fe, fieles al Espíritu, hacia una nueva vida consagrada en la que, en estos días, mucha energía está centrada en el cuidado entre nosotros mismos.

⁸⁰ GARCÍA PAREDES, J.C.R., “Del fuego de los orígenes al arte de renacer”, en: *Vida religiosa* 4/2010, p. 36. ARNÁIZ J.M., “El fenómeno de la preocupación por la reorganización”, en *Vida religiosa* 3/2009, p. 17.

⁸¹ ARNAIZ, J.M., “Acompañar institutos en riesgo de extinción. La opción de morir con dignidad. El arte carismático de morir”, en *Vida Religiosa* 5/2010, p. 77.

⁸² Id.

⁸³ En: National Catholic Reporter, <http://ncronline.org>

⁸⁴ GONZALO, L.A., “La reestructuración es cuestión de comunidad”, en *Suplemento Vida Nueva Con Él*, 3 (2012) 15.

Quizás toca vivir sanamente también en términos de:

- La inexorable selección natural: solo sobrevive lo que procede del medio, es fuerte y se adapta.
- Es posible que la muerte de algunas instituciones se deba al relativo regreso a la atomización, que supuso la primavera congregacional del siglo XIX en la que surgieron multitud de congregaciones.
- Puede que algunas congregaciones mueran de abundancia, es decir, por haber bajado la guardia de la exigencia o de mantener el norte y el discernimiento en los procesos vocacionales.
- Puede que se produzcan muertes por acomodo e instrumentalización, que hoy necesita una purificación imprescindible. Entre estos acomodos e instrumentalizaciones podrían estar aquellos que se situaron en la lógica de la caridad, de la compasión y de la sensibilidad social: allá donde no llegaban los gobiernos, los consagrados realizaban desinteresadamente tareas necesarias en favor de la sociedad⁸⁵.

⁸⁵ BELLELA, A., “Institutos religiosos que han muerto”, en: *Vida Religiosa* 5 (2010) 12-18.

🎯 El anaquel

Identidad y misión del religioso hermano en la Iglesia. “Y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8) [segunda parte]

2. La identidad del religioso hermano: un misterio de comunión para la misión

Memoria del amor de Cristo: “Lo mismo debéis hacer vosotros...” (Jn 13,14-15)

12. Para profundizar en la identidad del Hermano nos dejaremos iluminar interiormente contemplando uno de los íconos más sugerentes de los cuatro evangelios: *Jesús lavando los pies a sus discípulos*.

La narración que el evangelista Juan nos ofrece sobre la cena del Jueves Santo se inicia con esta solemne y entrañable afirmación: “Y él, que había amado siempre a los suyos que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el fin” (Jn 13,1). La última cena de Jesús con sus discípulos se desarrolla en un ambiente de *testamento*: Jesús compromete a sus discípulos y, a través de ellos, a toda la Iglesia, a continuar el *ministerio de salvación* que alcanza su culmen en la muerte de Jesús en la cruz, pero que había desarrollado durante su vida, tal como se refleja en aquella respuesta a los discípulos de Juan: “Id y decid a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el mensaje de salvación” (Lc 7, 22).

La Iglesia se siente, pues, constituida en *pueblo ministerial* por encargo de Jesús. Los evangelistas representan la institución del ministerio eclesial a través de dos iconos. Los tres sinópticos eligen el icono de Jesús partiendo y entregando su Cuerpo y su Sangre a sus discípulos, al tiempo que les encarga: “Haced esto en memoria mía” (Lc 22,19). En cambio, el evangelio de Juan nos presenta el ícono de Jesús con la toalla ceñida a la cintura y lavando los pies a sus discípulos, para encargarles después: “Lo mismo debéis hacer vosotros unos con otros... como yo lo he hecho con vosotros” (Jn 13,14-15).

En la conciencia de la Iglesia, es a la luz del ícono del lavatorio de los pies como adquiere todo su sentido aquel otro en que Jesús reparte su Cuerpo y su Sangre. Es

decir, el mandamiento del amor fraterno nos da la clave fundamental para entender el sentido de la Eucaristía en la Iglesia. Así lo refleja la liturgia del Jueves Santo.

Este testamento que la Iglesia recibe de Jesús se refiere a dos facetas o dimensiones del *ministerio de salvación* que se despliega en la Iglesia a través de diversos ministerios particulares. De una parte, con el sacerdocio ministerial, instituido por un sacramento específico, la Iglesia garantiza su fidelidad a la memoria de la entrega de Jesús, su muerte y resurrección, y la actualiza por la Eucaristía. De otra, el propio Espíritu Santo aviva entre los fieles el recuerdo de Jesús en la actitud del servidor, y la urgencia de su mandato: “...en esto conocerán que sois mis discípulos” (Jn 13,35).

Por eso se despiertan entre los fieles numerosos carismas para desarrollar la comunión por el servicio fraterno. De este modo la salvación llega a los más desfavorecidos: para que los ciegos vean, los cojos anden, los presos sean liberados; y para educar a la juventud, cuidar a los enfermos, atender a los ancianos... El amor fraterno se concreta así en numerosos servicios, muchos de los cuales llegan a institucionalizarse o reconocerse como ministerios eclesiales⁸⁶.

La vida consagrada surge en la Iglesia en respuesta a esta llamada del Espíritu a mantener fielmente la memoria del amor de Cristo, que ha amado a los suyos *hasta el extremo*⁸⁷. Son muchas las formas que adopta esa respuesta, pero en la base está siempre la opción “del don de sí mismo por amor al Señor Jesús y, en Él, a cada miembro de la familia humana”⁸⁸.

La vocación y la identidad del religioso hermano adquieren significado en esta dinámica, que es al mismo tiempo integradora y complementaria de los diversos ministerios, pero también necesitada y promotora de signos proféticos.

I. El misterio: la fraternidad, don que recibimos

Testigo y mediador: “Hemos creído en el amor de Dios”

13. ¿Qué hay en el origen de la vocación del hermano, sino la experiencia del amor de Dios? “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4, 16). Ese es también el origen de toda vocación cristiana. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”⁸⁹.

La opción radical que el Antiguo Testamento propone al pueblo de Israel y a cada israelita en particular se sitúa en este contexto del encuentro del creyente con Dios, de Dios que sale al encuentro del Pueblo con el que ha hecho alianza. Se trata de una

⁸⁶ Cf VC 60, NMI46.

⁸⁷ Cf VC 75.

⁸⁸ Ibid.

⁸⁹ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1.

consagración total de la vida: “*Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*” (Dt 6, 4-5). Jesús reafirma esta exigencia, pero uniéndola a esta otra: “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Lv 19, 18). En adelante ambos mandamientos formarán uno e indivisible (cf *Me 12, 29-31*). “Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. *1 Jn 4, 10*), ahora el amor ya no es solo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro”⁹⁰.

La vocación del hermano no es solo ser destinatario del amor de Dios, sino también testigo y mediador de ese mismo don, del proyecto de comunión que Dios tiene sobre la humanidad y que se fundamenta en la comunión trinitaria. Dicho proyecto, el Misterio que nos ha sido revelado en Cristo, pretende establecer una relación horizontal entre Dios y la humanidad, en el interior mismo de la humanidad, allí donde Dios ha querido situarse.

Las relaciones de filiación se transforman así, simultáneamente, en relaciones de fraternidad. Por ello, decir “hermano” es tanto como decir “mediador del amor de Dios”, del Dios que “*tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna*” (Jn 3, 16).

Ser “hermano” es también ser mediador del amor del Hijo, el Mediador por excelencia, que “*llevó su amor hasta el extremo*” (Jn 13,1) y nos pidió que nos amáramos como Él nos amó (Jn 13,34). De este mundo que Dios ama tanto, el hermano no puede huir; al contrario, es impulsado a salir a su encuentro y a amarlo. Al contemplar la obra salvadora de Dios, el hermano se descubre a sí mismo como instrumento del que Dios quiere valerse para hacer más visible su alianza, su amor y su preocupación por los más débiles.

El hermano es consciente de que toda la creación está impregnada del amor y la presencia de Dios y que, en especial, cuanto afecta a la persona humana forma parte del plan salvador de Dios. Así nace en el hermano y en la comunidad de hermanos el empeño por la calidad de su servicio profesional en toda tarea, por profana que parezca.

Consagrado por el Espíritu

14. Nada hay más grande que la consagración bautismal. El Bautismo “nos regenera a la vida de los hijos de Dios; nos une a Jesucristo y a su Cuerpo que es la Iglesia; nos unge en el Espíritu Santo constituyéndonos en templos espirituales”⁹¹. Toda la existencia del cristiano ha de ser un proceso de Integración en el plan de comunión significado en el Bautismo, asumiendo sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios.

⁹⁰ Benedicto XVI, *ib.* 1.

⁹¹ ChL 10.

El enunciado anterior corre el riesgo de no entenderse si lo leemos al margen del gran relato de la historia de la salvación, en el que cobra vida y en el que, gracias al Bautismo, el cristiano encuentra un lugar propio e insustituible. Dicha historia narra cómo la Trinidad proyecta su propia comunión en la misión de salvación de la humanidad, cómo intenta la alianza de diversas formas y se compromete en ella hasta el extremo por la encarnación del Hijo. Esta historia de salvación se continúa gracias al Espíritu, que reúne a la Iglesia y la edifica con sus dones para seguir salvando por ella a la humanidad.

En ese gran relato participamos todos, pues “Dios llama a cada uno en Cristo por su nombre propio e inconfundible”⁹². Cada uno interviene activamente y su influencia en los demás es decisiva. A cada uno, como miembro de la Iglesia, “se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para el bien de todos”⁹³. Cada uno, gracias a la unción recibida en el Bautismo y la Confirmación, podrá repetir las palabras de Jesús: “*El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ha unguido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor*” (Lc 4,18-19). De esta manera, “el bautizado participa en la misma misión de Jesús el Cristo, el Mesías Salvador”⁹⁴.

Compromiso público: hacer hoy visible el rostro de Jesús-hermano

15. En esta historia personal que comienza en el Bautismo, se inserta y encuentra su pleno sentido la consagración religiosa. Esta es “una singular y fecunda profundización” de la consagración bautismal, en cuanto expresa una vocación que implica “un don específico del Espíritu Santo”⁹⁵. Este don se experimenta como un impulso a proclamar con la propia vida ante la comunidad eclesial y ante el mundo lo que Jesús anuncia en la sinagoga de Nazaret: “*Hoy se cumple ante vosotros esta escritura*” (Lc 4,21). Dicho impulso, que caracteriza la vida del profeta, va acompañado de una invitación sentida interiormente, a manifestar con el celibato voluntario, abrazado por amor y vivido en comunidad fraterna, la novedad del mundo revelado en Jesucristo, la fecundidad de su alianza con la Iglesia, más allá de la carne y la sangre.

Cada consagración religiosa manifiesta a los fieles que el misterio de Cristo Salvador *se cumple hoy y aquí*, en este mundo y por medio de la Iglesia de hoy. En cada tiempo y lugar las personas consagradas revelan a sus contemporáneos los rasgos de Jesús con los que Él mismo hacía notar que el misterio del Reino de Dios había irrumpido en la historia. La visibilidad se produce por un modo de presencia que descubre el carisma de cada familia consagrada en el *aquí y ahora*. Por eso las personas consagradas han de preguntarse frecuentemente: ¿cómo ser testigos del Señor, hoy?;

⁹² ChL 28.

⁹³ Ibid.

⁹⁴ ChL 13.

⁹⁵ VC 30.

¿qué tipo de presencia hemos de asumir para que el Señor Jesús pueda ser visto, *intuido*, por las gentes de hoy?

La vida consagrada está llamada a ser “memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos”⁹⁶. En particular, el religioso hermano, al igual que la religiosa hermana, hace visible en la Iglesia el rostro de Cristo hermano, “*primogénito entre muchos hermanos*” {Rm 8,29), artífice de una nueva fraternidad que instaure con su enseñanza y con su vida.

Ejercicio del sacerdocio bautismal

16. El Concilio Vaticano II ha puesto en evidencia la riqueza del Bautismo y la grandeza del sacerdocio común a todos los bautizados. Ha señalado la relación mutua entre el sacerdocio bautismal y el sacerdocio ministerial, y ha recordado que este último está radicalmente ordenado al de todos los fieles.⁹⁷

El religioso hermano, al vivir su condición laical mediante una consagración especial, es testigo del valor del sacerdocio común, recibido en el Bautismo y la Confirmación: “*Nos ha hecho un reino de sacerdotes para su Dios y Padre*” (Ap 1,5-6). Su consagración religiosa constituye de por sí un ejercicio en plenitud del sacerdocio universal de los bautizados. El acto esencial de este sacerdocio consiste en la ofrenda del sacrificio espiritual por el que el cristiano se entrega a Dios *como hostia viva y agradable* (Rm 12,1), en respuesta a su amor y para procurar su gloria.

El hermano vive la comunión con el Padre, fuente de toda vida, por la ofrenda total de su existencia a Él, en actitud de alabanza y adoración. Al enraizar profundamente su vida en Dios, el hermano *consagra* toda la creación, reconociendo la presencia de Dios y la acción del Espíritu en las criaturas, en las culturas, en los acontecimientos. Y porque reconoce esa presencia activa, puede anunciarla a sus contemporáneos. Esta capacidad es el fruto de un proceso permanente de apertura a Dios por su consagración, esto es, de la vivencia diaria de su sacerdocio bautismal.

Semejante en todo a sus hermanos

17. La consagración religiosa ayuda al hermano a participar más conscientemente en la dimensión fraterna que caracteriza el sacerdocio de Cristo. Él “*tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel*” (Hb 2,17-18). Para revestirnos de su filiación divina, Jesucristo se hizo previamente hermano, compartió nuestra carne y sangre, se hizo solidario con los sufrimientos de sus hermanos. Este es el título que Jesús da a sus discípulos tras su resurrección, y María Magdalena es la encargada de comunicárselo: “*Vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre...*” (Jn 20,17).

⁹⁶ VC 22.

⁹⁷ Cf ChL 22; cf LG 10.

En la comunidad fraterna que lo acoge, el religioso hermano experimenta el misterio de Jesús resucitado como anuncio y envío. Esta comunidad es espacio teológico⁹⁸ donde Jesús se hace presente en medio de los hermanos (cf. *Mt* 18,20) para reunirlos con un solo corazón, para darles su Espíritu (cf. *Jn* 20,22) y enviarlos como a María Magdalena a anunciar que en Cristo todos somos hermanos, hijos del mismo Padre. Fundamentado en esta experiencia, el hermano desarrolla el sacerdocio bautismal por la fraternidad, siendo por ella puente de unión entre Dios y sus hermanos, ungido y enviado por el Espíritu para hacer llegar la Buena Nueva del amor y la misericordia de Dios a todos y, especialmente, a los más pequeños de sus hermanos, los miembros más débiles de la humanidad.

Tanto el religioso hermano como el laico comprometido en la sociedad secular viven el sacerdocio universal según modalidades diferentes. Ambas expresan la riqueza compleja de este sacerdocio que implica cercanía a Dios y cercanía al mundo, pertenencia a la Iglesia como sierva del Señor, y a la Iglesia que se construye a partir del mundo, destinado a Dios. El laico comprometido con el mundo recuerda eficazmente al religioso hermano que no puede ser indiferente a la salvación de la humanidad, ni al progreso en la tierra, querido por Dios y ordenado a Cristo. El hermano recuerda al laico comprometido en la sociedad secular que el progreso en la tierra no es la meta definitiva, que “la edificación de la ciudad terrena se funda siempre en Dios y se dirige a Él, *no sea que trabajen en vano los que la edifican*”⁹⁹.

La profesión: una consagración única, expresada en votos diversos

18. La ofrenda de sí se hace pública y es recibida por la Iglesia a través de la profesión de los votos. La consagración precede a los votos, los abarca y los supera existencialmente. -Esta afirmación se comprenderá a la luz de lo que sigue.

Para responder a la acción amorosa de Dios que lo *consagra*, la persona consagrada se ofrece a Dios por la profesión religiosa: hace ofrenda, ante todo, de la propia vida, para convertirla en signo del primado de Dios, de una vida toda para Él, de la alianza, del amor de Dios por su Pueblo. Es el compromiso del amor como orientación fundamental de la vida. Es el vínculo de la fraternidad como respuesta al don de la filiación, recibido de Dios en su Hijo Jesús.

Esta consagración que unifica e integra la vida, compromete a la persona a vivir en el *aquí y ahora* de cada día el sacrificio de sí mismo en todas las dimensiones de su existencia concreta. En este dinamismo integrador adquieren sentido *los votos*, como modo de abarcar, con diversos acentos, la totalidad de la existencia.

En la historia de la vida consagrada la profesión pública religiosa se ha explicitado de diversas formas, pero desde el siglo XIII se fue haciendo común la tendencia a expresarla a través de los consejos evangélicos, que resaltan la intención de

⁹⁸ Cf VC 42.

⁹⁹ LG 46.

conformar con Cristo toda la existencia¹⁰⁰ en tres dimensiones esenciales: castidad, pobreza y obediencia.

El religioso hermano expresa su consagración por la profesión de los consejos evangélicos, al tiempo que señala la unidad de su vida y su conformidad con Cristo desde el eje central del Evangelio, el mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Vive su castidad, especialmente, como experiencia del amor de Dios por el que se siente impulsado a un amor universal y a ser promotor de comunión con el testimonio de su fraternidad¹⁰¹. Vive su pobreza como quien ha recibido gratuitamente, en la persona de Jesús, la perla preciosa del Reino de Dios; por ella se hace disponible para construir la fraternidad y servir en la caridad a todos, especialmente a los más pobres; esa pobreza abre los hermanos unos a otros y les hace sentirse necesitados unos de otros. Vive su obediencia, de modo particular, como búsqueda en común de la voluntad del Padre, en la fraternidad animada por el Espíritu, con la disposición de caminar juntos en unión de espíritu y de corazón¹⁰² y aceptando gustosamente las mediaciones humanas indicadas por la Regla del Instituto¹⁰³.

Los votos expresan, pues, el compromiso del hermano a vivir el misterio de Dios, del que ha sido constituido, en unión con sus hermanos, *signo y profecía* para la comunidad eclesial y para el mundo¹⁰⁴: misterio de amor, de alianza, de fraternidad.

Una espiritualidad encamada y unificadora

19. La dimensión profética es parte esencial de la identidad del consagrado y se desarrolla, en primer lugar, por la escucha. Así lo experimenta el Siervo de Yahvé: “Cada mañana me despierta el oído para escuchar como un discípulo” (Is 50,4). Solo la experiencia de estar enraizado en Dios e imbuido por su Palabra, puede garantizar la vivencia de esta dimensión en la acción apostólica, pues “la verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia”¹⁰⁵. La aptitud para leer en profundidad los signos de los tiempos, para captar tras ellos la llamada de Dios a trabajar según sus planes¹⁰⁶, para descubrir la presencia de Dios en las personas y especialmente en los pobres, es fruto del cultivo de la contemplación, que nos ayuda a ver las cosas y las personas como las ve Dios.

La espiritualidad del hermano ha de conducirlo a revivir de un modo especial la experiencia cristiana de los orígenes que el evangelista Mateo expresó simbólicamente: “El velo del templo se rasgó” (Mt 27,51). Esta imagen nos sugiere que Jesús, con su muerte, “nos ha abierto un camino nuevo y viviente a través del velo de su

¹⁰⁰ Cf VC 16.

¹⁰¹ Cf VC 46; 51.

¹⁰² Cf VC 92.

¹⁰³ Cf CIVCSVA, *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 9.

¹⁰⁴ Cf VC 15.

¹⁰⁵ VC 84.

¹⁰⁶ Cf VC 73.

propia humanidad” (Hb 10,20) para encontrarnos con el Padre. La presencia de Dios ya no es exclusiva de un “lugar sagrado”; desde entonces, “a Dios hay que adorarlo en espíritu y en verdad” (Jn 4,24).

El hermano está llamado a vivir esta espiritualidad encarnada y unificadora que le facilita el encuentro con Dios, no solo en la escucha de la Palabra, los Sacramentos, la liturgia, la oración, sino también en la realidad cotidiana, en todas sus tareas, en la historia del mundo, en el proyecto temporal de la humanidad, la realidad material, el trabajo y la técnica. Una tal espiritualidad tiene su base en una visión profunda de la unidad del designio de Dios: es el mismo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien crea el mundo y quien lo salva. Se trata de llevar toda la vida a la oración y de que la oración se continúe en la vida.

Los religiosos hermanos concilian la oración oficial de la Iglesia con la dimensión de servicio que caracteriza su vida consagrada. Cultivan una actitud contemplativa capaz de vislumbrar la presencia de Jesús en su historia, en sus vidas cotidianas, en sus quehaceres y compromisos, para poder exclamar con Él: “Yo te bendigo, Padre... porque has revelado estas cosas a los sencillos...” (Lc 10,21)

Una espiritualidad de la Palabra para vivir el Misterio “en casa”, con María

20. Los tres evangelios sinópticos narran brevemente una escena en la que Jesús establece una diferencia inequívoca entre “su madre y sus hermanos” según la carne y “su madre y sus hermanos *que oyen la palabra de Dios y la cumplen*” (Lc 8,21). En el relato, Jesús se pronuncia claramente en favor de estos últimos. Los primeros *están fuera de la casa*, lo llaman desde fuera; los segundos están en torno a Él, *dentro de casa*, escuchándolo. En esta nueva categoría de relación familiar establecida por Jesús es donde María encuentra su verdadera grandeza y su significación profunda para la comunidad cristiana. De ella nos afirma el propio San Lucas que “*lo guardaba todo en lo íntimo de su corazón, meditando continuamente en ello*” (Lc 2,19.51). María acoge y vive a fondo el misterio del amor de Dios hasta hacerlo carne suya. Ella es lazo de unión en la comunidad naciente de los hermanos, a la que acompaña y en la que se integra como madre y hermana; y en esta fraternidad orante recibe el Espíritu (cf. Hch 1,14; 2,1-4).

Como María, el religioso hermano está invitado a vivir intensamente la espiritualidad de la Palabra, a tener esta experiencia de *estar en casa*, en torno a Jesús, escuchando su mensaje, y vivir a su lado el misterio del Padre que nos hace hijos en el Hijo y hermanos entre nosotros y con Jesús.

Como María, el hermano está invitado a dejarse llenar por el Espíritu, a escucharlo dentro de sí, que clama en lo más profundo del corazón: *Abbá!* (Gál 4,6; Rm 8,15). Esta experiencia es la única en la que puede sustentar su vocación.

Apoyado e inspirado en María, el hermano vive en su comunidad la experiencia del Padre que reúne a los hermanos con su Hijo en torno a la mesa de la Palabra, de la

eucaristía y de la vida. Con María, el hermano canta la grandeza de Dios y proclama su salvación: por eso se siente urgido a buscar y hacer sentar a la mesa del Reino a los que no tienen para comer, a los excluidos de la sociedad y a los marginados del progreso. Esa es la eucaristía de la vida que el hermano está invitado a celebrar desde su sacerdocio bautismal, reafirmado por su consagración religiosa.

II. La comunión: la fraternidad, don que compartimos

Del don que recibimos, al don que compartimos: “Que sean uno para que el mundo crea” (Jn 17,21)

21. El misterio de la comunión de la propia vida interior que la Trinidad nos comunica se hace don compartido por los hermanos en la comunidad. El don recibido y compartido será también entregado en la misión.

El cimiento que sostiene la comunidad religiosa es, sobre todo, el don de la fraternidad que ha recibido, antes que el esfuerzo o la generosidad de sus componentes o la tarea que realizan. “Cuando se olvida esta dimensión mística y teologal, que la pone en contacto con el misterio de la comunión divina presente y comunicada a la comunidad, se llega irremediabilmente a perder también las razones profundas para *hacer comunidad*, para la construcción paciente de la vida fraterna”¹⁰⁷.

La comunidad de los hermanos manifiesta así el carácter universal de la fraternidad inaugurada por Cristo, pues no se apoya sobre lazos naturales sino sobre la fuerza del Espíritu Santo, principio vivo del amor entre los seres humanos. La vida comunitaria auténtica constituye un signo vivo de la realidad esencial que los hermanos han de anunciar. El amor que Dios ha mostrado a la humanidad en Jesucristo se convierte en principio de unión de los seres humanos entre sí: “*que sean uno para que el mundo crea*” (Jn 17,21). Construyéndose sobre la fe, la comunidad ejerce el ministerio de revelar el amor de Dios Trinidad mediante la comunión que reina en ella.

Consagración y misión quedan unidas en la comunidad. En medio de ella, reunida en el nombre de Jesús, el hermano experimenta el misterio de Dios: el amor del Padre, la vida de Jesús Resucitado, la comunión del Espíritu Santo. El Señor consagra al hermano en la comunidad y desde ella le envía a comunicar ese mismo misterio: el amor, la vida, la comunión.

Comunidad que desarrolla el sacerdocio bautismal

22. La comunidad de los hermanos es en sí misma una manifestación privilegiada del sacerdocio bautismal. Toda ella se ordena para facilitar que sus miembros vivan la experiencia de ser elegidos por el Señor “*como piedras vivas, utilizadas en la*

¹⁰⁷ *Vida fraterna en comunidad*, 12.

construcción de un edificio espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por mediación de Jesucristo” (1 Pe 2,5). La imagen de la primera carta de San Pedro nos da idea del dinamismo de un edificio en construcción. Es muy apropiada para referirnos a una comunidad religiosa de hermanos llamada a desarrollar la dimensión de su sacerdocio común.

La comunidad organiza su vida para *ver pasar* la acción de Dios por su agenda diaria y descubrir en las páginas de esta la historia de la salvación que se va cumpliendo día a día. En la misma contemplación, la comunidad se descubre a sí misma como mediadora en la acción salvadora de Dios. Agradece, celebra y se ofrece para continuar, como instrumento útil, la historia de la salvación.

La materia de la ofrenda sacerdotal de la comunidad, es la realidad misma de los hermanos, con las limitaciones, pobreza y debilidades de cada uno. Los hermanos construyen la comunidad desde el don gozoso de sí mismos. Es una experiencia eucarística, por la cual se unen a Cristo en su ofrenda al Padre, para continuar su obra redentora a través de su comunidad. En esa celebración de la vida no puede faltar el perdón entre los hermanos, no solo como exigencia del amor y condición para construir la comunidad, sino como expresión del sacerdocio bautismal. Se convierten así en mediadores, los unos para los otros, de la gracia y el perdón que vienen de Jesús Resucitado (cf. *Jn 20,22-23*).

Fraternidad ministerial: “fuente y fruto de la misión”

23. “La comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión”¹⁰⁸. Esta afirmación de la reflexión postconciliar de la Iglesia encuentra una imagen visible en la comunidad que construyen los hermanos. Esta es siempre una fraternidad para la misión. No es, simplemente, que la comunidad tenga una ocupación externa apostólica. El misterio de Dios salvador brota como fuente en la comunidad, es vivido entre los hermanos y se proyecta en la misión eclesial. Vuelve luego a la comunidad y realimenta la vida de esta desde la realidad experimentada en la misión.

Impulsados por los respectivos carismas fundacionales, los Institutos de Hermanos construyen comunidades que se sitúan *dentro de la misión*, en alguna parcela de la gran misión eclesial, ya sea esta activa o contemplativa o mixta. La comunidad actúa como embajadora del amor de Dios en el mundo, instrumento de su salvación entre los que sufren, entre los marginados, entre los pequeños y los débiles. Ella encarna la presencia salvadora de Dios dentro de la realidad humana necesitada de salvación. Por eso es fácil identificarla como signo que conduce directamente al significado. Se trata de un grupo de *hermanos* que se esfuerzan por vivir en comunión en torno a Quien les ha reunido y comunican esa experiencia como mensaje de Quien les envía.

¹⁰⁸ ChL 32.

La aprobación de los Institutos de Hermanos por parte de la Iglesia lleva consigo, en primer lugar, la encomienda de la misión que realizan desde su propio carisma. En segundo lugar, el reconocimiento de que su compromiso con las diversas situaciones humanas en que están implicados no es algo accidental o externo a su vida religiosa, sino que forma parte esencial de su identidad y de su consagración. Más allá de las tareas concretas que desarrollan, estas comunidades consagradas representan a la Iglesia, *sacramento universal de salvación*¹⁰⁹, en el interior de la sociedad y especialmente al lado de los pobres y los que sufren.

Parece, pues, apropiado referirnos a estas comunidades de hermanos como *fraternidades de servicio*, en el sentido de que el ministerio eclesial¹¹⁰ asumido por la comunidad de hermanos le da su identidad peculiar en la Iglesia. Además, la comunidad pone el acento en la relación fraterna entre sus miembros y con los destinatarios de su misión. Quien lleva a cabo el ministerio no es un individuo sino la comunidad. Los miembros de una comunidad ministerial pueden realizar funciones muy diversas; incluso algunos pueden estar imposibilitados para cualquier tarea externa, por enfermedad o por edad. El ministerio no se identifica con una tarea concreta. Es el conjunto de la comunidad quien lo realiza a través de los diversos servicios de sus miembros, incluidos el de la oración, la ofrenda de su sufrimiento por parte de los enfermos, la actitud solidaria de unos con otros... La comunidad entera se responsabiliza de la misión que la Iglesia le ha confiado.

La fraternidad en el servicio ha sido una aportación fundamental de los Institutos religiosos de hermanos a la vida consagrada y a la Iglesia. A través de ella dichos Institutos subrayan el lazo indisoluble entre comunión y misión, el papel esencial del amor fraterno como eje central de la evangelización, la extensión y complejidad de esta, la realidad de la acción del Espíritu y las *semillas de la Palabra*¹¹¹ presentes de algún modo en todos los pueblos y culturas.

Comunión fraterna y vida en común

24. La vida en común, característica esencial de la vida religiosa de los hermanos, tiene la finalidad de favorecer intensamente la comunión fraterna, pero la vida fraterna no se realiza automáticamente con la observancia de las normas que regulan la vida común¹¹².

Si bien es cierto que las estructuras son necesarias, la comunidad de los hermanos se expresa principalmente en sus actitudes. Ellos se reúnen para participar más intensamente en la vida y misión de Jesús, para testimoniar la fraternidad y la filiación a la que todos los fieles están llamados.

¹⁰⁹ LG 48.

¹¹⁰ Cf VC 60.

¹¹¹ *Ad gentes*, 11.2 y 15.1.

¹¹² Cf *Vida fraterna en comunidad*, 3.

La comunidad es, pues, para los hermanos, una *experiencia*, más que un lugar; o mejor aún, los hermanos viven en común, se reúnen en *un lugar* para poder desarrollar a fondo esa experiencia. De esta forma responden a la llamada a ser *expertos en comunión*¹¹³, signos eficaces de la posibilidad de vivir relaciones profundas enraizadas en el amor de Cristo.

El amor mutuo es el distintivo de los cristianos (cf *Jn* 13,35), y esta es la señal que los hermanos ofrecen. Este ha de ser el criterio de discernimiento de cada comunidad de hermanos, por encima de la eficacia de sus obras. Es fácil comprobar cómo en el período fundacional de cada uno de los Institutos de Hermanos se señala el amor fraterno como eje central del proyecto, y se asume explícitamente el ideal de los primeros cristianos, de ser “*un solo corazón y una sola alma*” (*Hch* 4,32). A partir de este eje organizan su acción apostólica, conscientes de que esta consiste en transmitir lo que los hermanos viven previamente en comunidad. Su fraternidad será creadora de fraternidad, y la misión de los hermanos se perfila desde el principio como *ser comunión y crear comunión*.

Fraternidad y consejos evangélicos: un signo contracorriente

25. La vivencia profética de la fraternidad¹¹⁴ por parte de los hermanos se acompaña con el compromiso de asumir el estilo de vida de Jesús. El celibato consagrado les permite vivir plenamente la vida comunitaria y ser hermanos de todos, en lugar de vivir un amor exclusivo. La pobreza, como elección de un estilo de vida sobrio y sencillo, compartiendo los bienes para experimentar así la comunión fraterna con los otros¹¹⁵. Y la obediencia, por la que todos se unen en el proyecto común, “en un mismo testimonio y en una misma misión, aun respetando la propia individualidad y la diversidad de dones”¹¹⁶. Esta vivencia profética exige una ruptura inicial con el lugar de procedencia, con la familia, los amigos, el pueblo... para recuperarlos luego, desde el enraizamiento en la nueva familia, en el nuevo marco de la fraternidad universal.

La comunidad de los hermanos vive su misión profética a contracorriente, pues por su estilo de vida según el evangelio se opone al que el mundo promueve. La comunidad de los hermanos es “una fraternidad nacida del Espíritu, de la libertad interior de quien se fía de Dios a pesar de los límites humanos de los que lo representan”¹¹⁷. Y por eso es un lugar de compromiso múltiple, de interdependencia mutua, de concordia y solidaridad que se abre y se proyecta al exterior, en un modo de vida exigente, en el discernimiento de su estilo de vida a la luz del evangelio. No hay que olvidar, sin embargo, que es un signo frágil: necesita una constante

¹¹³ VC 46.

¹¹⁴ Cf VC 85.

¹¹⁵ Cf Papa Francisco, *Mensaje para la celebración de la XLVII Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 2014, n° 5.

¹¹⁶ VC 92.

¹¹⁷ VC 92.

renovación, ha de ser vivido en el camino hacia la santidad y en el dinamismo evangélico que vivifica y rehace constantemente las estructuras.

Comunidad en búsqueda

26. En el comienzo de su experiencia vocacional (cf *Hch* 22,3-21) el Apóstol Pablo pregunta: “¿*Qué debo hacer, Señor?*” La pregunta señala el cambio radical de actitud que se ha dado en él al dejar su propio camino para entrar en el de Jesús. La respuesta no la encontrará en el cumplimiento exacto de la Ley y las tradiciones de la Sinagoga, sino en la escucha a las personas, la lectura de los acontecimientos y la contemplación de la Palabra.

Los religiosos hermanos, al afrontar el presente, han de arriesgarse a hacer la misma pregunta que Pablo: “¿*Qué debo hacer, Señor?*” Pero esta pregunta solo es sincera cuando va precedida de la disposición de “levantarse”, pues ésa es la primera exigencia de la respuesta (cf *Hch* 22,10.16). Es decir, la fidelidad al tiempo presente exige la disposición personal al cambio y la desinstalación. Sin ella, de poco valdrá la renovación de estructuras.

El hermano no se hace la pregunta a sí mismo sino que la dirige al Señor Jesús porque quiere conocer y cumplir su voluntad. Deberá *ser un contemplativo*, para descubrirlo en las personas y en los acontecimientos a la luz de la Palabra. Esta iluminación permite al hermano leer la vida diaria desde el corazón de Dios y vivir cada momento como tiempo de gracia y salvación.

La vida consagrada, como toda forma de vida cristiana, es una *búsqueda de la perfección en el amor*¹¹⁸. La vocación del hermano y su compromiso de ser memoria para todos de esta obligación es también motivo para un mayor esfuerzo¹¹⁹. En esta búsqueda han de estar muy atentos al desgaste de la vida fraterna en comunidad. Son muchos los factores que tienden a destruirla si los hermanos no la construyen diariamente y no reparan los daños o fricciones que se producen. Parte de su proceso de conversión es *volver continuamente a lo esencial*, a su misión profética en la Iglesia: vivir la fraternidad como un don recibido de Dios, y construirla con su ayuda y el compromiso de los hermanos, hacia dentro y hacia fuera de la comunidad.

III. La misión: la fraternidad, don que entregamos

La vida como fraternidad con los pequeños: “Lo que hicisteis a uno de estos mis pequeños hermanos” (Mt 25,40)

27. Dos imágenes evangélicas nos ilustran el sentido de la misión del hermano. Una es la de Jesús compadecido de la muchedumbre, “*porque parecían ovejas sin pastor*” (*Mc* 6,34). Jesús les sacia ampliamente con el pan de su Palabra y, movido de la

¹¹⁸ Cf VC 30; 35.

¹¹⁹ Cf VC 39; 93.

compasión, pide a sus discípulos que les repartan también el pan de la vida natural: “*Dadles vosotros de comer*” (Mc 6,37).

La otra imagen nos presenta también a Jesús, el *Hijo del hombre*, pero esta vez su compasión se presenta como auténtica fraternidad con los más desfavorecidos, hasta identificarse con ellos. Su mandato se convierte en una solemne advertencia: “*Lo que hicisteis a uno de estos mis pequeños hermanos, a mí me lo hicisteis.... Cuanto dejasteis de hacer en favor de los más humildes, también a mí dejasteis de hacerlo*” (Mt 25,40.45)

En todo el Evangelio es notoria la preocupación de Jesús por aliviar los sufrimientos y satisfacer las necesidades de la gente, hasta el punto de identificarse Él mismo con los más necesitados y advertir que solo los que le socorren heredarán el Reino prometido. De la misma forma, el encargo que reciben sus discípulos al ser enviados a evangelizar, no se refiere solo al anuncio del mensaje espiritual sino también a la liberación de cuanto oprime a la persona y a su desarrollo humano¹²⁰, ya que “entre evangelización y promoción humana -desarrollo, liberación- existen efectivamente lazos muy fuertes”¹²¹.

A lo largo de toda su historia la Iglesia se ha tomado muy en serio el mandato de Jesús: “*Dadles vosotros de comer*”. Su acción evangelizadora ha ido sistemáticamente ligada a la distribución del pan humano, en sus diversas formas: alimento, salud, liberación, cultura, sentido de la vida, etc. De manera especial, la historia de la vida consagrada relata este esfuerzo que convierte en una realidad la Buena Noticia del Reino.

La misión del hermano sigue este mismo movimiento presentado por los dos iconos que acabamos de contemplar. De un lado, es el fruto de un corazón que se deja compadecer por las necesidades y las miserias de la humanidad; siente en ellas la llamada de Cristo que le envía a calmar el hambre en formas muy variadas; su carisma le hará especialmente sensible a alguna de ellas. Pero no es suficiente; el hermano, cuya vocación última es identificarse con el Hijo del hombre, se siente impulsado a hacerse como él, hermano de los más pequeños. Y así es como el don de la fraternidad que ha recibido y que vive en su comunidad, lo entrega ahora en la misión. Es un don cuyos últimos destinatarios son los *pequeños hermanos* con los que Cristo se ha identificado. La misión no es “lo que hace”, sino su vida misma hecha comunión con los pequeños: “para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona”¹²².

Participando en el ministerio de Jesús, “el Buen Pastor”

28. “...Los religiosos hermanos desempeñan múltiples y valiosos servicios dentro y fuera de la comunidad, participando así en la misión de proclamar el Evangelio y de

¹²⁰ Cf Mt 10,1; Mc 3,14-15; 6,12-13.

¹²¹ EN 31.

¹²² Cf Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 34.

dar testimonio de él con la caridad en la vida de cada día. Efectivamente, algunos de estos servicios se pueden considerar *ministerios eclesiales* confiados por la legítima autoridad”¹²³. Los servicios “son todos una participación en el ministerio de Jesucristo, el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (cf. *Jn* 10,11), el siervo humilde y totalmente sacrificado por la salvación de todos (cf. *Me* 10,45)”¹²⁴.

La imagen del Buen Pastor, al igual que la imagen del Maestro con la toalla ceñida y lavando los pies a sus discípulos, nos habla, no de poder, sino de servicio, de amor y de sacrificio hasta dar la vida. Así ha de entender el hermano su servicio, cualesquiera que sean las funciones concretas que tiene encomendadas en complementariedad con sus hermanos.

Entre los servicios y ministerios desempeñados por los hermanos, unos están más ligados a la vida interna de la Iglesia, mientras que otros resaltan su carácter misionero. Unos dependen de tareas más espirituales como el servicio de la Palabra de Dios o la liturgia, otros manifiestan más bien a la Iglesia preocupada por el bien material de los hombres, como fuerza del Espíritu para la sanación y transformación del mundo.

En cualquier caso, la misión del hermano no se reduce a la actividad que realiza, aunque sea apostólica. Misión es la obra de la evangelización en su sentido más global. “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar...”¹²⁵. Lo mismo ha de poder afirmarse de la vida consagrada y, específicamente, de la del religioso hermano: “En su llamada está incluida por tanto la tarea de dedicarse totalmente a la misión. Antes que en las obras exteriores, la misión se lleva a cabo en el hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal, i Este es el reto, este es el quehacer principal de la vida consagrada I La persona consagrada está 'en misión' en virtud de su misma consagración, manifestada según el proyecto del propio Instituto”¹²⁶. En esta relación tan íntima entre misión y consagración se fundamenta la unidad de vida del religioso, que se compromete en la misión por su consagración y vive su consagración en la misión.

Las actividades, incluso las más apostólicas, podrán variar o desaparecer a causa de la enfermedad o la vejez, pero siempre queda la misión. La obra de evangelización, vivida y animada desde el carisma propio, es la razón de ser del hermano y lo que da sentido a su consagración religiosa. Como Jesús, ha de poder decir: “*Yo por ellos me consagro*” (*Jn* 17,19).

No es, pues, una cuestión de tarea sino de identidad: “*Yo soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como

¹²³ VC 60.

¹²⁴ ChL 21.3.

¹²⁵ EN 14.

¹²⁶ VC 72.

marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar”¹²⁷. El ministro es la persona entera del hermano: consagrado, hombre de comunidad, identificado con la misión. Todo él asume el privilegio y la responsabilidad de representar para la Iglesia al Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.

La misión que conduce a las fuentes: “Ven y verás”

29. La sed de espiritualidad aparece con fuerza en la sociedad actual, pero tiende a ahogarse en multitud de sucedáneos. Lo mismo que Felipe a Natanael, el hermano se apresura a anunciar el hallazgo de la Persona que da respuesta a los deseos más profundos del corazón humano; y ante la incredulidad de su interlocutor ha de poder decir: “Ven y verás” (cf Jn 1,45-46). Es la misma invitación

hecha por la Samaritana a la gente de su pueblo, tras haber encontrado la fuente de agua viva que le ofrece Jesús: “Venid a ver a un hombre que me ha adivinado todo lo que he hecho. ¿Será acaso este el Mesías?” (Jn 4,29).

Los hermanos se ofrecen como guías en la búsqueda de Dios¹²⁸, conscientes de sus propias incoherencias, pero capaces de acompañar a sus contemporáneos en su itinerario de fe. A nivel comunitario los hermanos planifican sus comunidades para que sean *escuelas de auténtica espiritualidad evangélica*¹²⁹, y las ofrecen como *lugares privilegiados donde se experimentan los caminos que conducen hacia Dios*¹³⁰. Están llamados, pues, como comunidad, a convocar a la oración, a compartir la búsqueda y la experiencia de Dios, a facilitar la lectura comprensiva de la Escritura y a profundizar el diálogo entre la fe y la cultura...

Las comunidades contemplativas concentran su misión en este *mostrar las fuentes*. Estas comunidades son un signo poderoso que interroga a nuestra sociedad alejada de Dios. Son lugares de encuentro para jóvenes y adultos en búsqueda del sentido profundo de sus vidas. No es casual el fenómeno del despertar espiritual y de atracción de jóvenes por comunidades orantes de tipo ecuménico como la de Taizé u otras comunidades monacales y conventuales católicas, tanto de hombres como de mujeres.

Todos los hermanos, cualquiera que sea su misión específica, han de preocuparse por ser *testigos de la esperanza* que llevan dentro, según nos invita San Pedro (1 Pe 3,15). Están llamados a dar un rostro a la esperanza, haciéndose presentes en las situaciones de dolor y de miseria, manifestando que la ternura de Dios no tiene fronteras, que la resurrección de Jesús es prenda de victoria, que el Dios de la Vida tendrá la última palabra sobre el dolor y la muerte, que en el último día Dios secará todas las lágrimas (Ap 7,17) y viviremos *como hermanos y hermanas*.

¹²⁷ *Evangelii gaudium* 273.

¹²⁸ VC 103.

¹²⁹ VC 93.

¹³⁰ *Vida fraterna en comunidad*, 20.

Misión de fraternidad, buscando al hermano perdido

30. Los carismas de los Institutos de Hermanos responden frecuentemente a esta invitación de Jesús: “*Crucemos a la otra orilla*” (Mc 4,35). El relato evangélico que nos transmite Marcos (Mc 4,35- 5,20) nos muestra a Jesús y sus discípulos adentrándose en tierras paganas para anunciar el mensaje del Reino. Revela una situación típica de la vida eclesial: frente a la tentación de recluirse en su propio espacio, la Iglesia está urgida por su Maestro a desbordar toda frontera. Nada humano le es ajeno, y cualquier situación humana será siempre un escenario potencial para la Iglesia, un lugar apropiado para el anuncio de la Buena Nueva del Reino.

La búsqueda del alejado, del extraño, del extraviado, del que tiene otra cultura,... es una preocupación fuerte en los orígenes de la Iglesia y se repite como un eco potente en el comienzo de los Institutos religiosos. En los Hechos de los Apóstoles la expresión “*los confines del mundo*” indica el lugar adonde han de dirigirse los discípulos de Jesús en su anuncio del Evangelio: “*Seréis mis testigos... hasta los confines del mundo*” (Hch 1,8). Los religiosos hermanos, animados por sus carismas, aceptan esta invitación.

¿Dónde están hoy *los confines*? Ya no coinciden tanto con los lugares alejados sino con las situaciones marginales, las *periferias* de nuestro mundo. Los confines están hoy en los países empobrecidos, en los pueblos en vías de desarrollo y también en las zonas deprimidas de los países desarrollados. Los confines coinciden con la realidad dramática que viven hoy tantos hombres y mujeres, en un contexto marcado por el empobrecimiento, la migración, el hambre, la injusticia, la indiferencia y la falta de sensibilidad ante el dolor ajeno, la superficialidad, la pérdida de valores religiosos y humanos... La vocación de hermano, vivida con autenticidad y encarnada en esta realidad, adquiere un gran sentido.

La tensión *hacia los confines* se traduce en una *opción preferencia!* por los pobres, por quienes se encuentran en una situación de necesidad urgente¹⁵¹. A dicha opción están obligados todos los discípulos de Cristo, pues pertenece a la esencia del Evangelio¹⁵². En efecto, ése es el signo que da Jesús cuando le preguntan si Él es el esperado (cf Mt 11,2-6). Las personas consagradas, que han hecho profesión pública de *conformarse* con Jesús, están llamadas a ser coherentes con su compromiso de vivir siempre por los pobres y, en la medida en que su carisma lo exija, con los pobres o como los pobres.

El evangelio de Lucas ofrece al religioso hermano un icono en el que “mirarse” para dejarse confrontar por él en su búsqueda del hermano alejado. Se trata del Buen Samaritano (Lc 10,30-37). El hombre compasivo de Samaria, que se hace prójimo y hermano del que está caído, es signo del amor misericordioso del Padre.

¹⁵¹ Cf VC 82; cf *Evangelii gaudium* 197-201.

¹⁵² Cf *Evangelii gaudium* 48-49.

Signo de un Reino que busca la salvación integral de la persona

31. Muchos religiosos hermanos realizan su misión ejerciendo una profesión secular, sea al servicio de la salud, la educación, la asistencia a inmigrantes, el acompañamiento de niños y adolescentes en situación de riesgo, etc. Testimonian así que el compromiso por el Reino implica también el esfuerzo por construir, en el aquí y ahora, un mundo más humano y habitable, y que el amor de Cristo va unido al amor a la humanidad, en especial a sus miembros más débiles y necesitados. Hoy más que nunca el mundo necesita de consagrados que, desde el corazón mismo de las realidades seculares y de la vida humana, testimonien que conocen y aman al Dios de la vida.

Hemos de referirnos aquí, en primer lugar, al trabajo manual que realizan muchos hermanos. Los monjes hermanos, especialmente en los monasterios benedictinos, tuvieron un papel decisivo en Occidente, en la restauración de la dignidad y el valor positivo del trabajo manual, que aún hoy en algunas culturas se considera como propio de personas de rango inferior. Con el trabajo manual los religiosos hermanos testimonian el excelso valor del trabajo mediante el cual el hombre colabora con Dios en el perfeccionamiento de la obra maravillosa de la creación, se hace próximo a sus hermanos más sencillos y se identifica con Jesús, hermano y obrero.

Los Institutos de Hermanos cuya misión está asociada a la promoción social y el ejercicio de los derechos humanos en los diversos campos de la marginación, de la fragilidad humana o de la maduración de la persona, ofrecen el signo profético de un Reino que busca la salvación integral de cada ser humano. Su inserción en esas tareas y ambientes es preferentemente comunitaria. Aportan así el testimonio de una comunidad fraterna cuya cohesión se fundamenta en Aquel que les ha llamado y enviado. Incluso cuando, por la edad u otras circunstancias, los hermanos no pueden implicarse en tareas profesionales, la presencia de la comunidad consagrada en ese contexto es una señal que muestra el camino y apunta hacia un horizonte revelador de sentido.

El Reino de Dios está siempre entre nosotros, se construye aquí; y siempre está más allá, porque supera cualquier realización humana; es la obra del Espíritu. Esa tensión escatológica queda personalizada y representada en la consagración y en la persona del hermano, y se hace visible especialmente en la comunidad de los hermanos.



🎯 El anaquel

*Tan compasivo es Dios que es difícil ser
su enviado*

*Quien predica misericordia ha de
volverse misericordioso*

(Jon 3,10-4,4)¹³³

Juan José Bartolomé

*«La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita,
donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado
a vivir según la vida buena del Evangelio.»¹³⁴*

El libro de Jonás no es, propiamente, un libro profético; no recoge la predicación de un profeta histórico.¹³⁵ Es, más bien, una breve y lograda novela ‘histórica’, cuya estructura narrativa, bipartita, es bastante evidente: una breve introducción (1,1-2), abre el relato con la orden de *Yhwh* a Jonás, que debe anunciar a Nínive¹³⁶ su próxima destrucción. La primera sección (1,3-2,11) se sitúa en el mar, en la costa occidental, adonde ha huido Jonás desobedeciendo a Dios; en ella, la oración de marineros paganos que confiesan la soberanía de *Yhwh* sobre la tempestad (1,14-16) contrasta con la oración del profeta en el seno de la bestia (2,3-10). La segunda sección (3,1-4,4), que se coloca al oeste de Israel, en tierra, se abre con la repetición del mandato divino a Jonás (3,1-2; cfr. 1,2); obediente ahora, predica el juicio por venir sobre Nínive; la inesperada conversión de la ciudad hace que *Yhwh* renuncie a su plan (3,3-10), lo que indigna al profeta (4,1-4). Un diálogo entre Jonás y *Yhwh* cierra el relato

¹³³ Texto inédito para Forum.com.

¹³⁴ FRANCESCO, *Evangelii Gaudium*, 114.

¹³⁵ Jonás (Yonah, paloma, cfr. Os 7,11) ben Amittal, nativo de Galilea (Jos 19,13) y contemporáneo de Amós y Oseas, fue un profeta nacionalista que predijo la victoria de Israel sobre los arameos (2 Re 14,25) en tiempos de Jeroboam II (793-753 a.C.).

¹³⁶ Capital del imperio asirio, que el siglo de esplendor (VIII a. C.) abarcaba, por vez primera en la historia, desde Egipto hasta Arabia, desde el golfo pérsico hasta Armenia. Era admirada por su grandeza (3,3: tres días de marcha para recorrer su diámetro. 500 ha., Jerusalén tendría 20 ha.) y su poderío político y comercial, hasta ser destruida en 622 a.C. Asiria permanece en la memoria de Israel como el primer imperio extranjero que lo sometió y aniquiló la mayoría de su población (Is 9,3; 14,25).

(4,5-11): la decisión de Dios de ser compasivo con la ciudad enemiga, prepotente y opresora (cfr. Is 19,23-25), no es compartida por su profeta.

La experiencia del profeta está en el centro del relato, que se fija más en la desventura de un hombre, profeta muy a su pesar, que en su predicación. Jonás conoce a Dios, es su portavoz, sin comprenderlo. Por más que lo intente, en cuanto enviado no logra ‘escapar’ a la llamada ni oponerse al querer de Dios. Lo que sucede a Nínive, y a Jonás, es lo que Dios quiere; Jonás intentó evitarlo por todos los medios. Por eso, Dios le preguntará al final, y dos veces, «¿por qué tienes ese disgusto tan grande?» (4,4.9); Jonás se molesta porque Dios haya salvado a Nínive, su enemigo, y no ha salvado al ricino, su protector. El tema del escrito no es la conversión de Nínive y el perdón de Dios, sino la soberana libertad de Dios (4,11). El diálogo permanente entre Dios y Jonás no es suficiente para que el profeta acepte a Dios, pues no le “permite” ser como quiere, compasivo con el enemigo. La universalización de la misericordia de Dios (cfr. Lc 11,32; Mt 12,41) es el corazón del mensaje del libro que su protagonista no pudo aceptar.

1. El texto

Habiendo fracasado su intento de huida, Jonás no puede resistirse a Dios y va a Nínive pero para proclamar ahora un mensaje que aún no conoce (3,1: «*anunciarás el mensaje que yo te comunicaré*»); lo que contrasta con la primera misión (1,2: «*llévale este mensaje contra ella, pues me he enterado de sus crímenes*»). Abandonó su misión, cuando tenía un castigo que anunciar; regresará a la tarea, sin saber qué decir.

Un día entero, solo uno (tres eran precisos para recorrer la ciudad entera), proclamando: «*Dentro de cuarenta días, Nínive será arrasada*» (3,4), bastó para que los ninivitas creyeran a Dios. Todos, pequeños y grandes (3,5), hombres y animales (3,7), invocaron a Dios, se convirtieron de su mal camino y abandonaron la violencia (3,8), pensando: «*¿quién sabe si Dios cambiará y se compadecerá, se arrepentirá de su violenta ira y no nos destruirá!*» (3,9). Reconocieron que merecían el castigo, no estaban seguros de alcanzar perdón: Dios puede arrepentirse (Gén 6,6-7; 1 Sam 15,11; 2 Sam 24,16), o no (1 Sam 15,29; Sal 110,4; Núm 23,19); ellos confiaron en la compasión de Dios: “incierto hicieron penitencia, merecieron una misericordia cierta”.¹³⁷ Pero, y el hecho no es menos sorprendente, no tuvieron que abandonar a otros dioses, sino cambiar su depravada conducta; no se hicieron pueblo de Dios, se convirtieron en mejores personas.

¹⁰ «Vio Dios su comportamiento, cómo habían abandonado el mal camino, y se arrepintió de la desgracia que había determinado enviarles. Así que no la ejecutó. »

Dios pudo arrepentirse, volver a sí, porque los ninivitas se arrepintieron (cfr. Jer 18,8). Sabía Israel que Dios puede convertir su ira en misericordia: «*¿Acaso quiero yo*

¹³⁷ AGUSTÍN, *Enarr. in Ps.*: PL 36, 592 D.

la muerte del malvado —oráculo del Señor Dios—, y no que se convierta de su conducta y viva?... Yo no me complazco en la muerte de nadie —oráculo del Señor Dios—. *Convertíos y viviréis*» (Ez 18,23.32). Jonás no pudo encajar el éxito de su misión: nunca quiso ser profeta de un Dios que le envió a sus peores enemigos (cfr. Nah 3,1.4: «ciudad sanguinaria, toda ella mentira, llena de rapiña, insaciable de botín! ... montones de muertos,... tropiezan en cadáveres. Todo ello a causa de las muchas prostituciones de la prostituta bella y graciosa, experta en sortilegios, que arrastró a los pueblos en sus prostituciones, y a las gentes en sus brujerías») y los trató como si de su pueblo elegido se tratara (cfr. Éx 32,14; Jer 26,13; 36,7). Como no aceptó la salvación de sus adversarios, no aguantó la cercanía de su Dios, un Dios que se arrepiente cuando los malos se arrepienten, que no hace el mal prometido si los malos renuncian a hacerlo, porque es «un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso» (4,2), como bien sabía Jonás.

⁴ «Jonás se disgustó y se indignó profundamente. ²Y rezó al Señor en estos términos:

“¿No lo decía yo, Señor, cuando estaba en mi tierra? Por eso intenté escapar a Tarsis, pues bien sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal. ³Así que, Señor, toma mi vida, pues vale más morir que vivir”.

⁴Dios le contestó:

“¿Por qué tienes ese disgusto tan grande?”. »

La reacción de Jonás, aunque comprensible, es sorprendente: quien no había querido ni siquiera predicar la perdición a Nínive, tiene que contemplar su salvación. Es un acierto del narrador haber empleado el mismo sustantivo para referirse a la maldad de Nínive (1,2; 3,8), la inesperada tormenta que amenazó la vida de los marineros (1,7-8) y al terrible disgusto de Jonás (4,1). Porque Dios no se dejó llevar de su ira (3,9), su enviado se llenó de ella (4,1): la misericordia de Dios le causó un profundo disgusto. Fruto de ese tremendo enfado es su coloquio con Dios; desahogándose en oración, se delata a sí mismo. Había huido a Tarsis, al extremo de la tierra, porque conocía bien a su Dios. No quiso hacerse su pregonero, porque sabía que el Dios que le enviaba a anunciar la perdición podía arrepentirse: huía de Dios, porque conocía su bondad y su misericordia. Mientras Nínive se pregunta si Dios se compadecería de ella (3,9), Jonás sabía que no podía no hacerlo, pues era compasivo y bondadoso (4,2).

Y es otro gran acierto del cronista hacer citar a Jonás un profesión de fe, probablemente litúrgica (Jl 2,13), con la que Israel estaba familiarizado (cfr. Éx 34,6; Sal 86,15; 103,8; 111,4; Neh 9,17.31): *Yhwh* es *bondadoso*, se inclina hacia el desvalido y necesitado; es *compasivo*, siente en su entraña la desgracia que amenace cualquier vida; es *lento a la cólera*, renuncia mientras pueda a ejercerla (Is 48,9); es *rico en misericordia*, su lealtad sobrepasa con mucho todo límite y la infidelidad de su

pueblo. Porque sabiéndolo – y lo repite en su coloquio – tendría que haber dado como posible lo que sucedió bien a su pesar. Si Dios hubiera castigado a Nínive, habría sido justo y Jonás no tendría reproche que hacer. Con Dios misericordioso no se puede contar, es sorprendente e imprevisible. En la confesión, ortodoxa, late una velada crítica a Dios. Un Dios semejante, ¿es digno de ser servido? (cfr. Mal 3,14).

Jonás que quería ser profeta de desgracias se siente desacreditado. Se ha convertido, en la práctica, en un colaborador de su archienemigo; mejor morir que seguir con vida. No aguanta haber hecho el ridículo, salvando a los ninivitas, aunque su tragedia personal fuera consecuencia directa de la misericordia extrema – universal – de su Dios. Como sabe que no puede convertir a Dios, prefiere morir. Dios le pregunta, entre admirado y cariñoso, por qué es tan grande su malestar. La pregunta no es retórica: enfatiza el profundo disgusto de Jonás, que Dios cuestiona; si tan bien lo conocía, bien podría haber imaginado lo que pasaría. La confesión de Jonás priva de razón a su malestar: conociéndolo tan bien podía imaginarlo. Jonás no hubiera querido que Dios fuera como era en realidad. Porque no le ‘cabía’ en el corazón su Dios, un Dios que mostrara su benevolencia con sus enemigos lo mismo que solía hacer con su pueblo, prefería librarse de Él muriendo (cfr. Éx 14,12).. Y es la segunda vez que lo pide: la primera, a unos marineros, en alta mar (1,12); la segunda, al mismo Dios que, por pura misericordia, le había salvado la vida y reiterado su misión. Su profundo malestar no lo había ocasionado la conversión del enemigo, sino el arrepentimiento de su Dios. Mejor no vivir que tener que ser profeta de un Dios bondadoso: prefiere morir a manos de su Dios, que aceptarlo como es.

2. La vida

La historia del Jonás puede ser nuestra propia historia, la de quienes, enviados un día por Dios, hicimos lo imposible por huir de Él y eludir la misión encomendada. Jonás es el profeta que se empeña en hacer exactamente lo contrario de cuanto se le había mandado: en vez de ir a su destino, se fuga a las antípodas; se refugia en el sueño, en lugar de rezar cuando sobreviene la tormenta; se ofrece voluntario a morir ahogado en la mar con tal de no volver adonde Dios lo había llamado; y cuando se le repita el envío, no conocerá de antemano el mensaje; predicará la perdición a sus enemigos y tendrá que constatar su conversión; en vez de gozarse por el éxito de su misión, preferirá morir a solas. Entró en conflicto con el Dios que le había elegido, porque la tarea que recibió no le iba, no se identificaba con ella; se hartó de su Dios, porque le había propuesto la conversión de sus adversarios. No se sentía con fuerzas para representar a un Dios misericordioso y compasivo.

Jonás nos cae simpático porque se nos asemeja. Es un profeta que debe decir cuanto Dios ponga en su boca, pero se da cuenta de que el mensaje no le cabe en su corazón. Puede – y lo hará a regañadientes – hablar en nombre de Dios, pero no se identifica con el anuncio que proclama. Como nos pasa a nosotros, tantas veces. Solo porque tenemos que pronunciar sus palabras, quisiéramos entenderlas, elegirlas incluso. Nos parece que seríamos mejores representantes suyos si sus palabras presentaran nuestras ideas y opciones, nuestra forma de ver el mundo. El mensaje a transmitir

hiere, y el primero en sentir la herida es quien lo proclama. Antes de llamar a la conversión a otros, enemigos incluidos, tendríamos que aceptar no sólo la encomienda sino también, y sobre todo, al Dios que nos la ha dado.

Para no predicar de oídas, para ser testimonios fidedignos de nuestro Dios, tenemos que aceptarlo como es. De lo contrario, como Jonás, no haremos más que escabullirnos, poniendo tierra – y mar, como Jonás – por medio y desertar de Él. Y es que por temor a vernos implicados en cuanto tenemos que hacer y decir en su nombre, nos vence el deseo de huir de nuestra misión. Al envío, gratuito, no sigue siempre, ni de buen grado, la obediencia silenciosa. ¿No nos dice nada que Jonás supo qué tenía que decir a los ninivitas cuando se encontró con ellos? Quien va a donde Dios lo envía se topa con el mensaje que debe proclamar. Aunque antes no lo supiera. No estar donde Dios nos ha mandado ocasiona no saber qué decir en su nombre. Nos quedamos sin palabras, cuando no hemos ido donde debemos, si no estamos con quienes Dios nos ha enviado, sean o no nuestros amigos.

Ser profeta puede – Jonás lo intuyó – resultar una carga insoportable. Representar a Dios costarnos la vida, al menos la vida que nosotros nos deseamos. El Dios que nos da su palabra se adueña de nuestra vida para convertirla en mensaje. Jonás, que lo sabía muy bien, intentó zafarse de Dios renunciando a ser su portavoz. Como él, también nosotros nos sentimos cautivos de una palabra que no es nuestra, que atenta contra nuestra lógica, que no nos cabe en el corazón. Deberíamos aprender – al igual que Jonás – que mientras Dios no nos deje en paz no lograremos rehuir la misión. No hay tierra, ni mar, que puedan interponerse entre el Dios que envía y su enviado. Como a Jonás, Dios no nos abandonará hasta que, cumplida la misión, nos haya ganado para la llamada primera. El Dios que Jonás encontró cuando, alejándose de Nínive, se refugió bajo un ricino era el Dios al que no había querido anunciar, un Dios compasivo y misericordioso... con el enemigo.

Jonás no pudo soportar que Dios perdonara a quien se había convertido, porque era su enemigo. No aceptó que su misión fuera un éxito, porque suponía librar del castigo anunciado a sus adversarios. Aun sabiendo que, siendo Dios compasivo, podría perdonar a la ciudad pecadora, Jonás se había presentado pensando en su destrucción: no conocían al Dios en cuyo nombre predicaba; no iban a convertirse a un Dios extranjero. Jonás no hubiera puesto objeciones a un Dios misericordioso con Israel. No se lo perdonó, ni a Dios ni a sí mismo. Y deseó morir, antes que contemplar la victoria de la misericordia de Dios. Hubiera querido otros resultados. El motivo del disgusto del profeta no estuvo en su indisponibilidad para aceptar la salvación del enemigo; era su radical oposición a que su Dios fuera ejerciera misericordia con un pueblo que perseguía al suyo. En realidad, aunque lo anunció, Jonás no conocía a su Dios; resultó que le seguía siendo extraño, e insoportable, Aquel cuya voluntad conocía y proclamó.

Jonás personifica nuestras resistencias a aceptar a Dios, tal como es. Suele ocurrir que el mayor enemigo del evangelio sea el propio evangelista. Porque no le entran en la cabeza, ni le caben en el corazón, las palabras que Dios ha puesto en su boca,

las pronuncia como amenaza y anhela que se cumplan inmediatamente. Nos es más fácil, lo hacemos con mayor complacencia, anunciar desgracias que proclamar misericordia. Nos erigimos en guardianes de Dios, para que no se exceda en el perdón. ¿A qué serviría nuestra bondad, conseguida con tanto esfuerzo, si nuestro Dios perdonara a los que son malos con nosotros? Los primeros que necesitamos experimentar la ternura del Dios compasivo somos quienes debemos hablar de ella; quienes hemos de empezar convirtiéndonos y retornando a Dios somos quienes pedimos a los demás su conversión. Solo entonces nuestras palabras serán veraces y nuestro corazón soportará el escándalo que produce que Dios perdone a quienes nos ofenden.

Permitir a Dios que sea Dios es más difícil que predicar el infortunio a los malos. Como Jonás nuestro mayor pecado no está en haber abandonado a Dios y nuestra misión tantas veces, sino en mantenernos cerrados a la lógica de su misericordia. Dios sigue preguntándonos, y preguntándose sin entender muy bien la razón, por qué nos enfada que sea compasivo. ¿Por qué nos empecinamos en que Dios sea tan duro, tan ruin, tan pequeño como nuestro propio corazón? Un Dios a nuestra imagen y según nuestros deseos, no nos salvaría de nosotros mismos, sería tan duro, tan ruin, tan pequeño como nuestro corazón. Dejar que Dios sea Dios, y lo sea como guste, es nuestra salvación y la de nuestros enemigos.

3. Mi Dios

Se me hace difícil entenderte, Señor. Me has llamado para anunciar tu palabra, sin que me hayas convencido, sin que la haya aceptado. Tengo que llevar un mensaje, con el que no me identifico. Porque sé bien qué deseas de mí, quisiera huir de Ti. ¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me encargas una tarea en la que no creo? ¿Cómo ser tu portavoz, sino no me persuaden tus razones?

Precisamente porque, al igual que Jonás, te conozco bien, no me entusiasma representarte. Parece un contrasentido, pero no lo es. Sé cómo reaccionarás, y qué es lo que deseas; y no siempre me agrada. Eres misericordioso, y eso me viene bien a mí, pero que lo seas con los que no lo son conmigo, no me agrada. Te compadeces de quien no se ha compadecido de mí. ¿Y tengo que anunciarles que estás dispuesto a olvidar tu enfado y a demostrarles tu benevolencia? Si ellos no me caben en el corazón, ¿de dónde me saldrán palabras de misericordia? Me temo que, por tener que anunciarles desgracias, se conviertan, vuelvan a Ti y tu vuelvas a ser misericordioso.

Te reconozco que, como Jonás un día, me disgustan a veces tus maneras, tus decisiones. No encuentro raro que me mandes a predicar la ruina a los malos, si no dejan de serlo. Pero me contraría que los perdones si se convierten. Créeme, fastidia ser tu portavoz si, además de tener decir lo que no quisiera, logro convertir a quienes no amo. No tendrías que preguntarte, y preguntarme, el por qué de mi enojo, si tan evidente es la razón.

Si sigues así, contando conmigo, si tengo que continuar representándote, si no quieres que me rebele y rehúya el encargo, hazme lo más semejante a Ti que puedas, dame un corazón misericordioso. Para que pueda identificarme con tu evangelio, ten compasión también de mí, no solo de mis enemigos, y convierte mi corazón. Que experimente tu ternura, para poder anunciarla. Si me quieres ministro de tu misericordia, demuéstreme tu paciente bondad. Déjame ver cómo te arrepientes Tu, para que me arriesgue a imitarte; ver cómo te retractas de tu primera intención de castigar, me dará pistas a mi sobre cómo ejercer misericordia. Si me quieres apóstol de tu perdón, enséñame a perdonar, perdonándome. Si Tu me conviertes, me convertiré en misionero de tu amor.

MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE

